

relatopía...

índice

Presentación	3
La fama por David Mora	4
El fin por Cristina Angosto.....	7
Indómito rey judío que cree pierde el poderío por María Luisa de León ..	8
Viajeros al tren por María José Sánchez-Ulloa.....	10
Extractos del consejo de guerra a los sitiadores del Alto de Igardún por Josém Balboa.....	12
Aún está oscuro pero huele a mañana por Julio Herrera.....	14
El abuelo por María Luisa López	15
Said Zidane por Carmen Martí.....	17
Mi mejor inversión por Eloísa Suárez	19
La venganza por Enrique Romero	21
La piedra de los sueños por Ana Gefaell.....	24
La venganza del yogur por Roberto González	27
Elogio de la locura por David Mora.....	31
El viaje por Cristina Angosto	35
El secreto de sus ojos por María Luisa de León.....	37
La verdadera historia de Juana La Loca por María José Sánchez-Ulloa... 39	
Naufragios por Josém Balboa.....	41
Hallábame yo cierto día... por Julio Herrera	42
El adúltero por María Luisa López	43
La naturaleza del Rey por Carmen Martí.....	45
Una situación delicada por Eloísa Suárez.....	47
El milagro de la Virgen de Cientochova por Enrique Romero.....	50
Patricia y el cielo por Ana Gefaell.....	54
La fama por Roberto González	57

Todos los cuentos y relatos son propiedad exclusiva de cada autor

presentación

¿Qué es el Club de escritores de relato breve de la Biblioteca Rafael Alberti?

Es un mosaico muy especial de gentes del barrio, muchos de los cuáles empezamos leyendo y escribiendo relatos en los talleres de esta biblioteca. Hará dos años, con mucho atrevimiento y mucha ilusión, empezamos la andadura creando este Club.

¿Cómo funciona?

Nos reunimos en el salón de actos de la biblioteca, leemos los relatos que cada uno ha realizado, comentamos los distintos trabajos entre todos para intentar mejorar y proponemos temas para la sesión siguiente.

Cada uno se expresa como puede y como quiere con toda libertad: con un poema, un romance, un cuento infantil o una narración “gótica”. Todos los temas sugeridos parten de una realidad actual o lejana revestida por la imaginación de un escritor nuevo que la hace suya.

Hay entre los participantes jóvenes y menos jóvenes, escritores en ciernes y otros que, de manera muy personal, dicen todo lo que quieren decir sin ningún prejuicio dentro del respeto a los demás. La magia de este Club es que nos lo pasamos bien, nos estimulamos unos a otros y seguimos mejorando la escritura que nos lleva a lugares poéticos lejanos (como las leyendas y los mitos de otras culturas, o la reescritura de algún pasaje bíblico), a sitios inolvidables de la infancia o del amor (el amor en el Quijote) en los que todos confluimos con las neuronas del corazón, a algún personaje histórico, literario o mítico recreado por nuestra imaginación (Carlos II, el Hechizado, Juana la loca, Ulises, Antígona).

El año pasado terminamos el ciclo con la creación de una humilde revista “RELATOPIA” cuyo nº 2 tenéis entre las manos y en la que publicamos nuestras escrituras.

Os animamos a asistir a nuestras sesiones y a participar si os apetece, con toda libertad. No hay límite de edad ni prohibición de creencias. Sólo pedimos respeto, pluma, papel, imaginación y entusiasmo.

¡Que ustedes lo disfruten!

la fama

David Mora

Si me pongo a pensar cuando era pequeño, jamás me hubiera imaginado que llegaría a ser tan famoso. Quizás había algo en mí que me distanciaba del resto. Y no era por que fuera ni mucho menos guapo que no lo era. Tampoco era demasiado listo. Quizá fuera mi forma de ser, de entender el mundo...

Ahora que tengo casi cincuenta, lo veo todo con cierta distancia y me pregunto que habría sido de mi vida si jamás hubiera publicado mi primera novela. A veces cuando estoy solo en un banco del parque me pregunto como sería eso de pasear por las calles del centro sin que nadie me señalara ni me pidiera un autógrafo. A veces, bueno en realidad muchas veces, me pongo en el lugar de otra persona, e intento recrear los entresijos de su vida a partir de su manera de andar, de vestir, o de hablar. Me entretiene fantasear con sus vidas, e imaginarme como sería yo si fuese ellos.

Me gusta por ejemplo imaginarme en una oficina trabajando laboriosamente para sacar adelante pedidos, pólizas, y reclamaciones desde bien temprano. Sintiendo que hago bien mi trabajo y aunque mi vida fuera monótona. Pararía de vez en cuando con los brazos detrás de la cabeza sintiéndome orgulloso de lo que estoy consiguiendo. También me gusta imaginarme trabajando de empleado en un banco. Todo el día contando el dinero, haciendo ingresos, cobrando atrasos. Sería una vida sencilla, trabajaría de ocho a tres, comería con mis compañeros y luego por la tarde, pasearía por algún centro comercial de la mano de mi esposa, con la esperanza de encontrar una oferta capaz de satisfacer por un momento mi necesidad de poseer y de demostrarme a mi mismo a través de mis nuevas adquisiciones que soy alguien poderoso... También me gusta pensar en que sería de mi vida si fuera frutero. Todo el día pesando tomates, naranjas, lechugas, a la vez que converso con la gente acerca de algún tema sin trascendencia mientras espero con impaciencia el momento de salir a fumar un cigarro. Y así todos el día de lunes a sábado. Luego aprovecharía mi día de asueto para salir con mis colegas a emborracharme, a bailar e intentar ligar en alguna discoteca de moda. Hasta el día en que conozco a una chica. La dejo preñada y me caso con ella. Años después tendría el segundo hijo. Una hipoteca, los gastos de la casa y la deuda del dichoso lavaplatos a doce meses.

Trabajar de camarero tampoco estaría mal. Aunque tengo entendido que es muy sacrificado. Todo el día aguantando la mal educación de la gente, las prisas, los borrachos. Me imagino detrás de una barra sirviendo cafés con bollería o con tostada a la hora del desayuno, menús al mediodía y por la tarde las copas, tapas y bocadillos a los que por suerte hubieran acabado ya su jornada. Creo que también tendría una hipoteca por pagar y en este caso creo que a mi mujer la abría conocido en el pueblo de mi madre. Nos enamoraríamos, nos

casaríamos, tendríamos un hijo y yo durante todos esos años pasaría las tardes del domingo viendo el fútbol con mis amigos en el bar de debajo de mi casa.

A veces pienso también que sería de mí si fuera un futbolista famoso. Estaría todo el día corriendo, saltando, parando balonazos. Por que una cosa tengo claro, si hubiera sido futbolista habría sido portero y aunque no me gusta el fútbol, siempre, soñé ser el guardameta encargado de parar aquel penalti crucial que le diera a mi equipo el ansiado título en juego. No estaría mal, supongo, pero creo que esa vida no va conmigo. Aunque, como dicen, todo es ponerse a ello.

También me gusta imaginarme como un político de esos que salen en la tele debatiendo los problemas del estado en el congreso. Se que tendría que viajar mucho, que tendría que tratar con gente que no me gusta y que tendría que hacer cosas que van en contra de mis principios. Siempre, con el firme y secreto deseo de mantenerme en el poder. Si no fuera por lo que conlleva la política creo que me habría gustado. Pero según están las cosas hoy en día...

Por otra parte creo que jamás hubiera podido ser médico, y no es por que me parece algo malo, ni mucho menos. Tampoco es cuestión de lo mucho que hay que estudiar. Simplemente es que no soy incapaz de abrir a una persona y verle las tripas al aire.

Otra vida que creo que no estaría mal sería la de abogado. Primero te das la vida padre en la universidad, luego acabas. Te colocas donde puedes y vengas. A defender la gente. Creo que sería bastante divertido hablar de leyes, de antecedentes, de culpables. Así todo el día de acá para allá con pleitos, con acusados. Aunque no sé si valdría para eso, no me veo yo con la suficiente energía ni rapidez mental, como para defender a nadie y mucho menos si se que es culpable. ¿Y juez? imposible, creo que es demasiado difícil llegar a determinar la culpabilidad o no de una persona a partir de las declaraciones y de las pistas aportadas al caso. Encima pesaría sobre mí la mala conciencia de haber errado con alguna de las personas a las que hubiera juzgado. Y aunque por estadística fuera una o dos de cada cien, eso sería suficiente para que yo no pudiera dormir por la noche.

También he pensado alguna vez en como sería mi vida si yo fuera un periodista de sucesos encargado de cubrir las noticias locales. En las que por ejemplo tuviera que narrar la última nevada como si esta hubiera sido la única de mi vida. El insólito caso en el que una vieja perdió a su gato mientras limpiaba la escalera de su casa. O también, ¿por que no? es nunca se sabe, que al primer niño del año le pusieron Gabriel. Creo que el trabajo de periodista habría sido una buena opción. Pero el hecho de mentir por sistema para cumplir con la política del diario no me termina de convencer del todo.

Una vida, o un papel en el que me gusta imaginarme. Es el de profesor de instituto. Creo que allí podría hacer cosas importantes desde el día a día. Como por ejemplo enseñarlos a ser libres y autónomos sin dejar de ser responsables de sus actos. De tal forma que el día de mañana pudieran ser economistas, actores, cocineros o teleoperadores. Sin dejar de ser nunca personas. Los inconvenientes que imagino siempre que me veo en esa vida: son el estrés que

produce, la posibilidad de dar clase a gente conflictiva y sobre todo lo que más me pesa es el acabar harto de dar siempre lo mismo.

Bueno no sé si fue por azar, por trabajo o por una suerte del destino. Un día me hice famoso sin buscarlo de la manera que más me habría gustado. Y eso es, escribiendo.

No voy a decir que me incomode el hecho de salir en la tele o en las tapas de los libros, ya que lo cierto es que no me incomoda en absoluto. Pero a veces me gustaría pasar desapercibido para captar esos pequeños detalles, que me lleven a la esencia del frutero, del panadero y del banquero. Pudiendo sentir luego, mientras escribo, lo que supone ser un banquero, un panadero o un frutero.

el fin

Cristina Angosto

Llegaba a casa otra noche de diciembre húmeda y fría, con la niebla flotando sobre mis huesos, dejándolos exhaustos con ese tiritar rítmico y tan poco consolador. No sé cuántas noches habían consumido de frío mi cuerpo, pero últimamente, cuándo por fin entraba en casa y me sentaba junto al fuego, no podía evitar una verdad que me acosaba, tímida, desde hacía tiempo: me sentía viejo. No era un cansancio físico que pudiera justificarse por la edad, sabía, aunque temía reconocerlo, que ya no tenía ganas de vivir.

Había visto irse a todas las personas que quise en mi vida, había sentido y vivido todo lo que podría imaginar cualquier hombre, y lo había sentido y vivido muchas veces. Ya no quedaba ninguna sensación nueva para mí, y ese tedio me estaba consumiendo poco a poco.

Me levanté y observé los libros de la estantería, los había leído una y otra vez, podría decir que me los sabía de memoria. Había experimentado sus filosofías, sentido las arrebatadoras dualidades del bien y el mal, el placer y el dolor, con miles de combinaciones distintas, intentando comprender los extraños impulsos que me arrastraban tanto hacia unas como hacia otras.

Cogí una llave que guardaba sobre la chimenea, subí las escaleras y abrí el desván. Allí se encontraba el único espejo de la casa, cubierto con una lona negra. La levanté con fuerza y cogí el espejo entre las manos para acercarlo a mi rostro.

Allí seguía, la misma expresión fría y altiva del que se sabe superior al resto del mundo. La misma piel blanca, sin ninguna arruga, subyugada por unos ojos que encerraban la oscuridad de miles de noches. Habían pasado 300 años y ningún cambio se había producido en mi cuerpo. Ese era mi deseo cuando decidí entregarme a la muerte eterna. Yo era un joven apuesto, con un encanto fuera de lo común, atormentado por las marcas que dejaría en mí el paso del tiempo. Llegué a obsesionarme con la idea de la belleza eterna, y no dudé en condenar mi alma para conseguirla.

Ahora la vida no tenía secretos para mí, y me había cansado de ella. Quizás sea la presencia de la muerte lo que nos hace vivir con más intensidad.

Sabía que sólo me quedaba por sentir una cosa, el fin de la eternidad, la muerte, y llegó por fin, sin lágrimas, sin dolor...fue cómo descubrir un telón detrás del cual no había nada.

indómito rey judío que cree pierde el poderío

María Luisa de León

A Herodes rey de Judea le acosaban los problemas,
La cosa estaba muy fea, las noticias no eran buenas.
Empresarios, sindicatos, todos le comían el coco,
y por si eso fuera poco, entra otro rey en escena.
Herodes está furioso, y es que todo esta de pena.
_ ¿Como si es tan poderoso, le puede poner nervioso
lo que llega a sus oídos? ¡Que va a disputarle el trono
un niño recién nacido! ¡Pero bueno esto es el colmo!
Piensa Herodes y pasea, dando vueltas y más vueltas,
tantas que al fin se marea, y grita medio aturdido.
¿Pero dónde te has metido? Ineficiente rabino.
Corre, inmundo a mi presencia, ¿no ves que rabio y que trino?
Sé que llegaron tres magos, desde lejanos caminos,
guiados por una estrella, querían adorar a un niño.
Y ese niño que pretende interferir mi destino,
Viene a arrebatarme el trono, y tú mientras en el limbo.
Tú que endulzas con frecuencia y deleitas mis oídos,
con los cotilleos del reino, que siempre son divertidos.
Los líos de la Pantoja, la Esteban y sus maridos,
pero ¿No te has enterado? Señor, no soy adivino.
Pues con lo que yo te pago, cualquiera de mis esclavos
sería mas eficiente. Gran Herodes, me he enterado
que eran reyes los tres magos que llegaron desde oriente,
guiados por una estrella que perdieron de repente.
Tras un negro nubarrón, el astro se había ocultado
y llegaron a Judea los pobres muy despistados.
Pero la estrella salió y se fueron nuevamente,
no sin antes explicar donde iban a las gentes.
Querían a un niño adorar, que nacido pobremente,
sería el rey de los judíos. ¡Calla! Esto es indecente,
quitarme a mí el poderío, pero entérate jodío,
dónde ha nacido ese crío al que adoran otros reyes.
Dijeron que volverían a mostrarnos el camino.
¡Calla ya inútil rabino, aspirante de cretino!
a ver si te han engañado. Puede que eso haya pasado.

Pues yo aun no he claudicado. Llevo esperando impaciente, dos días si no me engaño, y todavía no han llegado los reyes magos de oriente. ¡Oh! Herodes no es extraño, es que has sido un chico malo y no vendrán este año. Calla rabino ¿Qué dices? Encima con cachondeo. No me toques las narices, que te veo en el desempleo. ¡Señor! Si estamos en crisis. Pero con el cotilleo, puedes ganar mucha pasta. A un euro cada divorcio. ¿La tele tan mal te paga? Te contrataré otra vez, pero búscame a ese crío, navega por internet. Si no tengo ordenador, pagas tan poco señor, que no lo puedo comprar. Yo también estoy en crisis, y ¿A quién me voy a quejar?. Pues al sumo sacerdote. ¿A ese inútil monigote? ¿Tú crees que me va a escuchar? Mas bien no, hoy en el templo dicen que se reunirá con los agentes sociales. Y ¿Qué crees que va ha pasar? Herodes si tú ya sabes, a ti no te apoyará. Pues yo no pienso votarle. Haces bien, tu no le votes ¡fuera el sumo sacerdote! Yo votaré al adversario, que será mas solidario con los nobles y empresarios, que tenemos a diario muchos gastos necesarios para nuestras diversiones, y que somos los que damos las sobras que nos dejamos con migajas a los pobres. ¡Y al confiscador romano he de pagarle tributo! ¡A Tiberio, necio y bruto! ¿Pero en que país estamos? ¡Cierro Herodes! ¡Protestamos! ¡Abajo la tiranía! Encima me nace un rey, y es que todo se me lía ¡Herodes, perdóname! ¡Vaya cabeza la mía! Acabo de recordar que esta tarde se reunían arriba en la sinagoga, los doctores de la ley. ¡Pues una soga yo les pondría! ¡Y a todos los colgaría! ¡Señor! Hoy se referían al nacimiento de un rey. Según una profecía que anunciaba Malaquías, este niño nacería en el pueblo de Belén, y que sería el Mesías que salvaría a Israel. ¿Y ahora te acuerdas cojones? ¡A mí, fieles centuriones! ¡Id al pueblo de Belén! ¡Y a sus próximas regiones! ¡Degollad a los bebés que encontréis en la lactancia! Y sin hacer excepciones. ¡Bien hecho! ¡Guerra a la infancia! sin mas consideraciones. Pero... Herodes ¡Qué desgracia! Rabino ¿Dime qué pasa? Que adivino más preocupaciones. Si les cortas el cuello a los chupones que mandaste cumplir con eficacia, ¿Quién pagara después nuestras pensiones?

viajeros al tren

María José Sánchez-Ulloa

Sonó el despertador y al abrir los ojos me sentí eufórica, era el día de excursión en que iría con mi padre a recorrer algún pueblecito de la Península, me vestí lo mas deprisa que pude y llamé a la puerta de su habitación, ya estoy, salgo enseguida le oí decir, preparé unos bocadillos y un termo grande lleno de limonada y salimos sigilosamente para no despertar a mi madre y hermanos que dormían placidamente.

Uno de mis curiosos placeres del viaje consistía en escuchar el pitido del tren, pues a mi se me antojaba como un grito a la aventura, con maquina de vapor, bastante viejo y lento, con sillones de madera que se clavaban en sálvese a la parte pero que mi padre y yo aguantábamos sin una sola queja.

Una vez el tren en marcha miraba por la ventanilla ávida de sensaciones y todo lo que observaba me parecía digno de admiración y de encanto, esas extensas alfombras de trigo amarillas y verdes, tan singulares en la comunidad castellana, ese cielo azul resplandeciente y esas casitas minúsculas de adobe aparentemente deshabitadas, que junto al sonido del tren con su tac tac característico me resultaba todo tan placentero, como si el viaje lo realizáramos al mismísimo confín del mundo.

El tren se paró en una estación, no recuerdo bien el pueblo que íbamos a visitar, pero me daba igual, a mi todos me resultaban encantadores, Torrelodones, Cercedilla, El Pinar. Nos bajamos solos mi padre y yo e inmediatamente sonó una campana, un humo espeso cubrió las vías, un silbido agudo y el tac tac correspondiente, que nos hacia percibir que el tren se movía y se alejaba lentamente del lugar.

La estación resultaba para hoy en día un tanto diminuta, una cantina acogedora y bastante destartalada y una especie de cabina en donde se instalaba el Jefe de Estación del ferrocarril, era todo lo que había, incluyendo eso sí un gran reloj que no funcionaba, pero que adornaba ambientosamente la pared de la estación. Todo en su conjunto me resultaba la mar de pintoresco, pues me dio la impresión de que no era un sitio real, si no que estaba sacado del escenario de un teatro y mi padre y yo solo éramos meros actores, irrumpiendo sobre su tablado aunque sin público ni aplausos.

Comenzamos a andar y el olor característico del sendero impregnó todos nuestros sentidos, vacas paciendo tranquilamente, perros callejeros muy flacuchos, solicitándonos un mendrugo, estiércol y a la vez olores intensos y deliciosos de capullos pronto a florecer, coloridos limoneros y otros árboles frutales. Mi padre y yo no hablábamos, simplemente escuchábamos nuestros propios pasos, seguidos de algún sonido perdido a lo lejos, el fluir del

agua cristalina de un riachuelo escondido entre los árboles, el alegre tañir de una pequeña campana de iglesia que invitaba a la oración, pajarillos juguetones repicando a nuestro alrededor y algún que otro saludo lugareño como “vayan ustedes con Dios” a los que nosotros respondíamos amigablemente.

Al acercarnos al pueblo un intenso olor a trigo recién horneado nos hizo la boca agua y nos dirigimos sin demora al lugar. El horno de leña grande, como incrustado en una cueva nos saturó de satisfacción y compramos una gran hogaza de pan caliente, blanco como la nieve, tierno y humeante que al masticarlo nos pareció gloria bendita. Nos extrañaba que la gente nos mirara con atención y curiosidad, como si nunca hubieran visto viajeros atraídos por esas tierras toscas según su apreciación y se preguntaban, aunque cordialmente, que pintábamos nosotros allí.

Y es que las casitas acogedoras, los parajes abiertos y limpios, los lugareños tranquilos y sonrientes y sobre todo el aire impoluto que se respiraba allí, nos resultaban suficientemente maravillosos para estar satisfechos de haber emprendido nuestro viaje.

Cuando después de comer con un apetito casi insaciable las viandas que llevábamos, haber bebido el agua fresca de la fuente del pueblo y habernos recostado sobre una hierva limpia y cálida en campo abierto, adormecidos por la brisa y el silencio más absolutos, decidimos al fin emprender el regreso a la Ciudad.

De nuevo en la estación, escuchamos a lo lejos el tren que se acercaba y creo que al unísono sentimos los dos un bienestar y un placer tremendo al saber que no habíamos hecho un viaje inútil y aburrido.

No, no realizamos ninguna aventura espectacular, no vimos grandiosos edificios, ni nos saturamos de leyendas sobrecogedoras, ni siquiera nuestro almuerzo resultó nada original, pero sabíamos que estábamos repletos de sensaciones únicas que nos llenaban el alma de regocijo. ¿Acaso lo sencillo y pequeño por serlo, no puede resultarnos grandioso y genial.

Murió mi padre cuando yo aun solo era una niña, pero desde entonces siempre que paso por un pueblecito de éstos, sonrío con satisfacción, porque con pocas palabras, él me enseñó a entender y apreciar los pequeños placeres de la vida; Así, nuestros viajes juntos por los pueblos de España fueron la llave que abrió mi deseo de conocer nuevos horizontes, otros Países y otras gentes y desde entonces me convertí en una viajera infatigable...

extractos del consejo de guerra a los sitiadores del Alto de Igardún

Josém Balboa

El pasado 26 de Agosto fueron juzgados en consejo de guerra los 12 supervivientes de la 23ª Brigada que, bajo el mando de Artemio Freire, tomaron con éxito el Alto de Igardún a los rebeldes.

Tras dos días de deliberaciones, el general de brigada fue condenado y fusilado en el patio de la cárcel de Arredondo mientras que el resto de sus subordinados, salvo Francisco Ovide, que fue absuelto, fueron condenados a prisión indefinida en el mismo penal. A continuación les presentamos un resumen de las declaraciones de los acusados extraídas del sumario.

Artemio Freire, general de la 23ª Brigada

"...acababan de herir a Manuel al intentar avanzar unos pasos desde nuestra última posición. Le advertí que no necesitábamos más héroes pero le dio igual [...] apenas llegó a avanzar dos metros..."

Buenaventura Sabaté, brigadista

"...cuando hirieron a Manuel pasamos horas oyendo sólo sus estertores, [...] apenas intercambiamos tres disparos en aquel día y medio, en total no creo que nos quedaran ya más de treinta balas..."

Artemio Freire, general de la 23ª Brigada

"...esto es una guerra de pobres y fueron ellos los primeros que nos gritaron desde la colina que les quedaban veintidós balas..."

José María Castillo, brigadista

"...el general no contestó al principio a sus preguntas pero al final acabó haciéndolo aunque fueron los rebeldes los que llevaban la voz cantante. Nos dijeron que ya sólo quedaban 14, que habían muerto 9, entre ellos su capitán, y que no tenían apenas munición..."

Artemio Freire, general de la 23ª Brigada

"...la propuesta partió de ellos pero conforme le daba vueltas en mi cabeza me pareció menos y menos disparatada. Ya había perdido a 11 hombres y, sinceramente, no podía soportar más [...] el calor sofocante, los cadáveres de los camaradas pudriéndose a lo largo de la cuesta...No vi ninguna otra solución..."

José María Castillo, brigadista

"...seguimos negociando las condiciones a gritos a lo largo de toda la mañana del día 7. Algunos propusieron jugarlos la batalla a algún juego de cartas pero finalmente decidimos hacerlo en un partido de fútbol. Los perdedores simplemente se irían, ni más muertos ni prisioneros..."

Carmelo González, brigadista

"...la decisión la tomó nuestro general pero todos estuvimos de acuerdo, ¿cuántos teníamos que morir para que se reconozca que ganamos la batalla? [...] no entiendo nada de este juicio..."

Francisco Ovide, brigadista y autor del único gol del encuentro

"...sentí mucha felicidad al lograr el tanto. Al terminar el partido incluso guardé en mi zurrón la pelota que habíamos hecho con la ropa de los que habían caído..."

Artemio Freire, general de la 23ª Brigada

"...como prometimos, dejamos marchar a los soldados y nosotros tomamos el Alto, mandando el correspondiente mensaje a la Capitanía, [...] sigo sin saber porqué nos están juzgando..."

La sentencia se ejecutó inmediatamente justo el mismo día que, en el bando enemigo, todos los soldados defensores del Alto de Igardún eran fusilados tras otro consejo de guerra.

Ninguno de los dos tribunales anotó la causa por la que se les condenaba pero ambos coincidieron en señalar que era lo más justo.

aún está oscuro pero huele a mañana

Julio Herrera

Manuel había sido conducido a altas horas de la madrugada a la habitación del hospital. Recién operado de un cólico nefrítico, el anciano se hallaba despierto a pesar de que el fornido y bigotudo enfermero le había llevado suavemente en camilla por los pasillos de la quinta planta acción que, más que adormecerle, le obligaba a tener los ojos abiertos como los de un cherno. Ya en su cama, el enfermero levantó a Manuel con delicadeza, como si fuera una muñequita y lo posó sutilmente sobre las sábanas. Luego le conectó todos esos tubos que el paciente no sabía para que servían y, antes de marcharse, el sanitario le susurró: “Aquí le dejo el orinal por si quiere hacer sus necesidades. Luego pasaré a ponerle un calmante”.

El viejo miró el recipiente de plástico y, automáticamente, sintió ganas de hacer pis. No sin esfuerzo, pues le dolía la herida, pudo colocar su pene dentro del cacharro y miccionó que era gloria bendita.

Al rato volvió de nuevo el simpático enfermero del bigote. Con una sonrisa le colocó el calmante por vía intravenosa y antes de volver a marcharse, le dijo: “Señor Manuel, tengo que irme a atender a otros pacientes, ¿necesita algo?”

El anciano, que no acertaba a hablar, un tanto conmocionado por la experiencia de la operación, señaló la vasija.

- Ah, el orinal, ¿quiere que se lo vacíe?

El viejo asintió con la cabeza y, acto seguido, el enfermero tomó el recipiente y bebió el contenido en tres grandes tragos.

- ¡Mmm!, una orina llena de restos de medicamentos, como a mí me gusta. Bueno, don Manuel, sigo con lo mío. Que pase buena noche y ya sabe, si necesita cualquier cosa, sólo tiene que tocar el timbre.

El anciano, al oír cerrarse la puerta, se encogió como una oruga y subió la sábana hasta la nariz, como hacía cuando era chico y tenía miedo. Luego, temblando ligeramente, volvió su cabecita hacia la ventana. Pronto amanecería, pero Sirio, Procyon, Espica y las constelaciones de Orión y Virgo aun no habían desaparecido del firmamento.

el abuelo

María Luisa López

Nací en Madrid, vivo en Madrid, Ciudad de prisas, de distancias, metro, autobuses, cercanías, horas perdidas en medio de transportes, que, casi siempre provocan demoras y tiempos vacíos mientras te desplazas de un lugar a otro donde tienes que acudir a diario, y a veces en más de una ocasión. Llevar al colegio a los niños, asistir a tu trabajo, bancos vuelta al colegio, clases extraescolares, etc. etc.

En todas estas horas de desplazamiento cotidiano, tenemos esos tiempos vacíos, en los que la mente piensa, funciona casi automáticamente, y en mi caso se pierde en recuerdos, bien reales o imaginarios, entonces mi consciente intenta ordenar esos recuerdos, ubicarlos en aquella época dorada, al menos así la recuerdo ahora, en la que solo pensabas en cuentos, en juegos e imaginación, en la que los traslados de un lugar a otro eran instantáneos, fáciles, solo con pensarlo estabas en el lugar deseado, en la que los sueños se realizaban por si mismos, en la que todo era fácil, no existía ni el antes ni te esperaba el después, no tenias necesidad de realizar nada pues todo te llegaba sin pedirlo.

Pero, cuan frágil es la memoria, siempre existía alguien al lado, alguien que te ayudaba a pensar, a disfrutar, a soñar, bien a través de los cuentos, de narración de historias vividas o imaginadas, inventadas para mi donde, esos lugares de ensueños eran acordes al deseo.

A ella confiamos nuestros día pasados, nuestros sueños para el futuro, nuestros conocimientos para conseguir ese futuro soñado, nuestros recuerdos de la niñez, del pasado mas próximo, existe toda esa información procesada y almacenada en algún recóndito lugar de nuestra memoria, esa memoria tan desconocida para mi, ¿como accedo a ella?, ¿como organizo mis recuerdos?, ¿como puedo llegar?, ¿sin intención?, no tengo claro como llego a esa memoria inconsciente, los recuerdos afluyen a mí sin pensar.

Así sucede, el flujo de esa memoria, mientras vamos a resolver el día a día de metro a autobús o viceversa, la memoria acude a nuestro consciente y vemos como éramos de pequeños, recordamos, en mi caso no se como, al no ser un acceso voluntario, no sucede de forma ordenada, ni acorde a deseos o ideas precisas, mas bien son de forma espontánea, se mezclan los recuerdos sin precisar tiempos, ni personajes, ahí entro yo con mi consciente precisando o intentándolo, entonces se mezclan los tiempos, se difuminan los recuerdos y se mezclan realidad y ficción, (sueños tal vez, imaginación, deseos no cumplidos).

Del subconsciente acuden recuerdos y ahí entra el recuerdo de aquellas fabulas, del hombre amable, mayor, tal vez canoso, que siempre tenia una mano tendida, a la que me

podía coger y con la que volaba hasta la copa de los árboles, andaba por encima de la aguas y veía el mundo como Peter Pan.

Pero esa figura, existe o es un mito fruto de mi imaginación de niño a la que tan fuertemente me aferré, que la hice realidad en mi memoria.

Cuando me hablaban del abuelo que hubiera tenido, si la fatalidad no lo hubiera arrebatado del lado de todos, cuando yo era aun un niño de pecho.

Como recuerdo esa mano siempre tendida, esa sonrisa siempre tranquila, ese sosiego, antagónico total, de la vida que me rodea y en la que me muevo a diario. Tanto me hablaron de él, me dijeron como hubiera sido de estar a mi lado, tal vez me acompañó en los sueños, lo conocí, pero tanta influencia tuvo, era tan especial que sin conocerlo, ocupa mi memoria como el mejor de mis recuerdos de niño, sin saber si es real o imaginario.

Tal vez el mito de cómo fue de cómo hubiera sido conmigo, a donde le hubiera gustado llevarme, como paseaba por este Madrid, que yo pateo obligado, de las cosas que me hubiera enseñado de él, de sus alrededores, del campo, de la naturaleza, de animales, de esas historia que el contaba de toda la sabiduría acuñada en el transcurso de su vida en Madrid, desde que llego y de antes. De ese Madrid sosegado, de calles tranquila, con tranvías, casi sin coches, con alguna bici, y el reparto del carbón en carretillas, sin Centros comerciales, con tiendas donde el dueño atiende ya que es el y un chico para los repartos quien atiende a toda la clientela a la que conoce por su nombre y sabe de su familia y de su vida cotidiana.

-Doña Adela. Que quiere Vd., tengo un pollo recién matado.

Y donde se compraba desde un pollo a una tijera, ¿Como se yo todo esto?

No lo he visto, no lo he vivido, no se como se instalaron en mi mente, esos recuerdos es un MITO el abuelo, algo que perdura en el tiempo, sin hilos, sin conexiones, sin escritos, solo en el recuerdo en esa memoria irreal que no sabemos como se instala en nuestro cerebro, como algo tan real como lo que sucede en el instante presente, y que sale a nuestro presente en cualquier momento reviviendo hechos que no sabemos que tenemos y de repente fluyen como si en vez de hace 30 o 40 años fuera ayer cuando sucedía.

Tal ve no tiene nada que ver con el tiempo transcurrido, tal vez es solo una ebullición de nuestra cabeza agitada por el tiempo de soledad, por los tiempos muertos en los que no solo no pensamos, sino que no queremos pensar, en la realidad que nos abruma y nos refugiamos en el MITO que tanto nos gusta EL ABUELO.

Ser siempre maravilloso, tranquilo, que domina el tiempo y no permite que el tiempo le domine a él, tal vez hay que perder la vida para conseguir ser ABUELO.

said Zidane

Carmen Martí

Tenías 12 años cuando se acercó el francés que fotografiaba las miserias de tu pueblo y empezó a hacerte preguntas. Estabas dándole al balón para olvidar que era la hora de comer pero no tenías nada que llevarte a la boca. Tus compañeros tampoco. Le pedisteis unos dirhams para comprar pan y haceros unos bocadillos de pepino y cebolla. El accedió si le permitíais filmar el partido. Ese día pudisteis comer todos y hasta os dio para comprar unas naranjas. Al mes siguiente, regresó el periodista con otros dos franceses más, hablaron con tu padre que firmó un contrato a cambio de dinero constante y sonante, dos móviles y la promesa de un envío de más dinero todos los meses hasta que cumplieses la mayoría de edad.

Te llevaron a Francia, y en la cantera de jugadores del Olympique de Lyon recibiste una buena educación y te entrenaron para ser jugador en el club más selecto del país. Tú estabas muy orgulloso de poder ayudar a tu familia, a tus cinco hermanos y a tus padres.

En el Olympique llevabas una vida sana y ordenada. Con 15 años tus promotores ya vieron tus extraordinarias posibilidades. Con 16 te sacaron al campo y te convertiste en el jugador más prometedor del equipo. Eran años de gloria. Tus hermanos te comentaban lo orgullosos que estaban de ti en tu barrio de la Medina, en Fez al que no habías vuelto. Te contaban que las paredes de tu casa mostraban con orgullo recortes de prensa que hablaban de ti, fotos tuyas chutando un gol, corriendo como un galgo en el centro del campo, o junto al capitán del equipo alzando la copa de la victoria. Y tú sentías unas ganas tremendas de regresar allí como un héroe. De sentirte amado por los tuyos como te sentías amado en el club.

Un día llamaste por teléfono y contestó tu madre que estaba sola en casa. La emoción le paralizaba el habla, le desbordaba el llanto. Sólo pudo decirte “hijo, hijo, hijo, ven pronto”. Algo en su voz te dejó perplejo y decidiste adelantar el viaje que tenías previsto para el verano. Los directivos del Olympique no querían dejarte marchar porque estaba en juego tu entrenamiento y decidieron acompañarte para estar seguros de que volverías rápidamente.

Nunca imaginaste lo que te ibas a encontrar. Sabías que habían comprado una casa nueva y tu padre se había casado dos veces más con dos mujeres jóvenes, (la ley se lo permitía), que derrochaban alegremente el dinero que recibían gracias a ti. Tu madre no había dicho nada porque temía ser expulsada del hogar con tus hermanos pequeños. Tus hermanos mayores lucían ropas deportivas de marca, tenían sendas motos y gastaban más

dinero del que podía ganar una familia acomodada. Fumaban hachís y bebían cerveza pese a su religión, pero tu padre ya no tenía ninguna influencia sobre ellos. Sólo Amal, tu hermana mayor, había aprovechado el bienestar estudiando y formándose para ser independiente algún día. Comprendiste que el dinero había convertido a aquella familia de trabajadores en gentes sin oficio ni beneficio, que vivían de tu esfuerzo, con las fotos de tu fama como aval para conseguir dinero prestado.

Tu padre intentó conseguir un aumento de sueldo de tus promotores, pero tú te opusiste y amenazaste con regresar a Fez y dejar el Olympique. El terror se reflejó en sus caras. La esposa más joven de tu padre te pidió que la llevaras a Francia contigo. Tus hermanos sólo querían seguir con la vida fácil que les habías proporcionado. Tú sentías miedo por ellos, como sentiste miedo cuando expulsaron del Club a Rinaldi, otra gran promesa del Olympique cazado por las mujeres y las drogas. El entrenador y el ejecutivo del Club que te acompañaban vieron tu desengaño y temieron que te provocase una depresión fatal para tu juego en el equipo. Pero tú no jugabas para satisfacer los sueños de tus seguidores. Jugabas como el que respira, porque fuera del campo de fútbol te sentías morir. Porque cada partido era un reto en tu vida y el esfuerzo para vencerlo te hacía crecer. Tu entrenador te llevó fuera de casa para charlar contigo: “Los miedos no desaparecen nunca Said, te dijo. Cógelos, abrázalos y juega con ellos. Ponte retos y véncelos”. Todo era esfuerzo pero sentir el afecto de tus seguidores, el triunfo en un partido se habían convertido para ti en estilo de vida.

De pronto descubrirías que no pertenecías a aquel pueblo que se escabullía tras la voluntad de Allah. ¿No sabían o no querían luchar? ¿Se abandonaban al destino o a la pereza?

Durante varios días anduviste buscando una respuesta hasta que tu madre te comentó que el dinero había destruido a la familia y supiste que tu padre y tus hermanos habían utilizado tu fama para endeudarse cada vez más. Te rogó que no enviases más dinero. Pagaste sus deudas anunciándole a tu padre que era el último dinero que les iba a llegar. Aquel de tus hermanos que quisiera aprender un oficio recibiría una subvención sujeta a los resultados obtenidos. Tu padre, joven todavía, recibiría la mitad del sueldo que ganaba cuando estabas tú en casa. Buscaste un piso para tu madre y tus hermanos pequeños a los que obligaste a asistir a la escuela y a ella le asignaste una pensión. Tu hermana Amal fue a Francia contigo.

Nunca quisiste que la fama fuera causa de desorden y holgazanería en tu familia. Habías aprendido el valor del esfuerzo y lo transmitiste a tus hermanos.

Cuando dos años después te dieron el balón al mejor goleador de Francia, tu orgullo no lo cifrabas en los millones que se cotizaban para tu traspaso al Arsenal. En Lyon te enseñaron a ser un hombre y sí, estabas orgulloso de serlo.

mi mejor inversión

Eloisa Suárez

Agosto del 63 – Mi vida transcurría con la normalidad que es posible en un joven de veinte años. Gozaba de buena salud, tenía un trabajo que simultaneaba con estudios nocturnos y novia, sí, también tenía novia aunque ahora estaba pasando unos días de acampada con unos amigos en uno de los múltiples pueblos que en Agosto celebran sus fiestas patronales.

Era viernes, segundo día del puente de la Virgen de Agosto y había cogido el billete de autobús para regresar esa misma noche a Madrid. Mis días de asueto habían terminado y quería pasar el resto del fin de semana con mi novia. Aun así pensé en aprovechar las horas que quedaban de esa tarde para ir al baile del pueblo, un local al aire libre donde, desde las siete de la tarde, se reunían los jóvenes.

Me separé de mis amigos para acometer la no siempre fácil tarea de encontrar una chica que me gustase y a la que, a su vez, yo le gustase tanto como para acceder a bailar conmigo... y entonces, como pasa en las películas, la vi. No era una belleza pero las juveniles facciones de su cara armonizaban perfectamente con su figura. Vestía falda escocesa plisada y un jersey de cuello de pico por el que asomaba una ligera camisa blanca. Estábamos en la sierra y la temperatura era fresquita.

Me acerqué a ella y le pregunté – ¿bailas? – Ella, después de dirigir una mirada de aprobación a las amigas con las que compartía la mesa, contestó – Sí –.

Desde el primer momento existió una gran química entre nosotros. Era como si una corriente eléctrica nos envolviese. La conversación se hizo de lo más amena. Ella era de Madrid y estaba pasando el puente en casa de una amiga. También trabajaba y estudiaba por las noches ¡Quería ser enfermera! Hablamos también de nuestras familias, en lo que coincidíamos nuevamente: Ella era la mayor de nueve hermanos y yo también el mayor de seis.

Las piezas musicales se sucedían sin darnos cuenta y entre canción y canción nuestras manos ya no se separaban, como al principio. Yo sentía la necesidad de atraerla hacia mí, pero ella oponía una resistencia que iba relajando a la vez que nos dejábamos envolver por las notas románticas de Los Platters, Los Cinco Latinos y hasta El Dúo Dinámico.

No quería mirar el reloj. El billete del autobús asomaba por el bolsillo de mi camisa como queriéndome recordar algo. Estábamos tan a gusto, era una sensación nueva para mí y, al parecer, a ella le estaba sucediendo algo similar.

Pero la cordura se hizo fuerte en mí. Yo tenía novia y había quedado con ella y, además, todo esto era como una nube de verano que, cuando menos lo esperásemos, se desvanecería. Así que, mirando ostensiblemente la hora que era, le comuniqué que mi autobús salía a las diez y diez y todavía debía ir a recoger mis trastos. Le acompañé a su mesa y, sin mirar hacia atrás, salí del recinto.

Coloqué el saco de dormir y el macuto en el compartimento de equipajes y ocupé mi asiento. Poco tardó el coche en ponerse en marcha, mientras yo luchaba por quitar de mi mente su imagen, se me agolpaban hasta casi hacerme daño un montón de sentimientos desconocidos hasta entonces y aún resonaban en mis oídos sus últimas palabras antes de despedirnos:

– ¡Qué pena que tengas que irte ya! Que tengas un buen viaje y hasta es posible que volvamos a encontrarnos en Madrid.

La línea de la carretera se me hacía eterna, en mi interior se estaba librando una dura batalla entre el sentido común y mis sentimientos. Recosté la cabeza en el respaldo del asiento y dejé rodar mis pensamientos.

Han pasado muchos años y durante este tiempo he emprendido algunos negocios con mejor o peor resultado pero tengo que reconocer que la mejor inversión de mi vida fue aquel dinero que me gasté en el taxi que, desde la primera parada que hizo el autobús, me devolvió a aquel pueblecito en fiestas de la provincia de Ávila.

la venganza

Enrique Romero

Aparqué el coche frente a la residencia. Un viento frío y desapacible levantaba remolinos de hojas secas por la acera. Los viejos miedos me afloraban de nuevo como si no hubieran pasado tantos años. Aquel tiempo ya olvidado había vuelto a mi mente haciéndome sentir como aquel chico de 12 años que no podía dormir sin tener pesadillas, que no podía sonreír, que sentía un permanente dolor de barriga, que tenía los dedos llenos de heridas de tanto morderse las uñas. Estaba allí, a punto de volver a ver al monstruo que me hizo pasar un infierno de varios años sin más motivo que su puro placer, que me amargó una época de mi vida, que tenía que haber sido la más feliz, la infancia. Se llamaba Don José. Sólo de recordar su nombre un escalofrío recorrió mi espalda. Era pequeño, calvo, con nariz afilada y ganchuda, labios finos y apretados y cejas tupidas de poblado entrecejo enmarcando una dura mirada penetrante y fiera tras sus gafas de pasta negra. Vestía, como todos los profesores, un tenebroso traje de cuervo de mal agüero.

Don José nos decía que él era dos personas: Don José el bueno y don José el malo. Que sabríamos cual de los dos era por su manera de entrar en clase. El malo entraba abriendo la puerta de una patada con un gran estruendo, así que cada mañana, tras escuchar en pie el himno nacional que sonaba por los altavoces en cada clase, nos sentábamos acojonados, temblando, con los brazos cruzados sobre la mesa y las manos sudorosas, expectantes por verle entrar y saber cómo iba a ser el día.

Don José el malo nos pegaba sistemáticamente, con cualquier excusa. Nos hacía recitar todos los huesos del cuerpo en un minuto, y cronómetro en mano, al pasar el tiempo, empezaba a darnos bofetadas y capones hasta que termináramos aquella letanía ósea entre golpes e insultos. Nos llamaba Judas Iscariote o Petronila o mariquita. Nos tiraba de las patillas o de las orejas hacia arriba con tal fuerza que parecía que iba a levantarnos del suelo. Cuando perdía el equipo de fútbol de la clase les hacía formar delante de la pizarra y les daba rodillazos en los muslos hasta acertar con el punto exacto que te encoje la pierna y entonces les gritaba furibundo que se mantuvieran firmes y no fueran afeminados. Luego nos ponía a todos en fila y pasaba con la mano extendida abofeteándonos como quien pasa la mano por los barrotes de una reja, y si alguno se apartaba ligeramente se cebaba en él a golpes y rodillazos.

A veces sacaba a uno a la pizarra y le preguntaba cosas evidentemente imposibles de saber y le amenazaba, le insultaba y le pegaba hasta conseguir hacerle llorar, entonces se transformaba en Don José el bueno y poniendo cara paternal le abrazaba, le secaba las lágrimas, le acariciaba el pelo, el cuello y la espalda metiendo su mano bajo el jersey, y la

barriga, y el pecho. Todos asistíamos horrorizados a aquellas escenas esperando que nunca nos tocara a nosotros.

Tenía tres o cuatro preferidos a los que mandaba acompañarle a su cuarto en la residencia donde vivían los profesores para ayudarle a llevar o traer el proyector de filmas, cajas con exámenes y cosas así. El pobre Angelito era uno de esos preferidos. Era delgado, poquita cosa, muy rubio, de piel fina, muy pálido de tez, de labios rojo chillón y enormes ojos azules.

Un día de invierno, al volver a casa atravesando un descampado lleno de barro y escombros, lo encontré llorando sentado sobre el montón de ladrillos y tablas que tiempo atrás, cuando todavía podíamos ser felices, había sido nuestra cabaña de juegos. Tenía marcas rojas en la boca y en toda la cara. También en las piernas y brazos. Yo sabía que al salir de clase Don José le había hecho ir con él y le pregunté si le había pegado. Angelito no me contestó, sólo me dijo con un hilo de voz que se quería morir, y mientras arrojaba mecánicamente terroncitos de barro por el terraplén que teníamos delante añadió que un día se iba a tirar desde allí. Yo bromeé diciendo que ya nos habíamos caído por ahí varias veces y no nos había pasado nada. Pero él no se reía, sólo lloraba. Yo le dije que no llorara, que Don José era un hijo puta y que lo que teníamos que hacer era matarlo a hostias entre todos. Eso le animó y allí estuvimos ideando formas de matarle a cual más dolorosa. La que más gracia le hacía era la de colgarle de sus partes. Al final nos hicimos una promesa, cuando fuéramos mayores y fuertes y ya hubiéramos terminado el cole íbamos a ir a pegarle una paliza de muerte. Escupimos en nuestras manos y las estrechamos. Era nuestra forma de dar solemnidad al pacto.

Imaginarme esa venganza me hizo sobrellevar el resto del curso un poco mejor, sin embargo Angelito estaba cada día más deprimido. Yo le decía:

-Ánimo tío, que verás que paliza le vamos a dar. Ya verás como grita cuando le colguemos de la polla.

Él sonreía sin ganas, cada vez con más amargura. Hasta muchos años después no pude ni sospechar qué era aquello que le hacía Don José para que quisiera morir.

Ese verano mi familia se trasladó a vivir a otra ciudad y me libré de aquel animal. Nunca volví a saber nada del colegio, de Don José ni de Angelito. Pero hace unos meses navegando por internet se me ocurrió teclear su nombre en google. Aparecía una reseña de la recientemente digitalizada hemeroteca del ABC, era su esquila fechada en septiembre del 1969. Investigué un poco y conseguí dar con su madre. Fui a verla. Entre sollozos me contó a duras penas que aquel año, la noche antes de empezar las clases del nuevo curso, Angelito se había tirado por la ventana. Me enseñó la extraña nota que había dejado y que nadie había entendido. Sólo ponía: “Espero que no olvides nuestro pacto secreto”. El corazón me dio un vuelco. Ese día decidí llevar a cabo nuestra ansiada venganza.

Tras largas averiguaciones supe que Don José se encontraba en la residencia para profesores retirados que la orden religiosa a la que pertenecía el colegio tiene en un pueblo de la sierra madrileña y allí me planté, sin saber muy bien qué coño iba a hacer.

Entré, pregunté por él diciendo que era un antiguo alumno suyo. Me condujeron al jardincito trasero. En un banco había un viejo sentado tomando el sol enganchado a un aparatito de esos que miden el pulso y la tensión. Era él. Me senté enfrente y le miré a los ojos buscando el fulgor de aquella mirada de monstruo que me diera pie a iniciar la ejecución de una cruenta venganza, pero no lo hallé. El hombre había sufrido un ictus y estaba paralizado y no podía hablar. Me miró extrañado. Empecé a hablarle de lo mala persona que era, lo mucho que nos hacía sufrir, del enorme daño que nos hizo, detallándole los pormenores de su enfermiza crueldad. El hombre se agitaba y temblaba y el aparatito se aceleraba. Entonces le dije:

-¿Y se acuerda usted de Angelito?- Se puso rojo, con la respiración acelerada y los ojos desorbitados, a punto de darle un ataque. Supe que había dado en el blanco, así que seguí por ese camino hablándole del pobre niño, de cómo lloraba cuando salía de su cuarto, de que planeaba suicidarse, y cuando fui a contarle su triste final me dio coraje y no sé porqué le dije que yo era Angelito. Se quedó petrificado, clavó sus ojos horrorizados en mí y vi en ellos el miedo a la venganza, pero también un miedo más profundo, el miedo al más allá. Entonces me di cuenta de que sabría que Angelito estaba muerto y debía creer que yo era su espíritu, así que poniendo voz cavernosa le dije:

-He venido para asegurarme de que te lleven al infierno cuando mueras.-

No hizo falta esperar mucho, el hombre puso cara de horror y abriendo la boca como un pez fuera del agua dejó de respirar y estiró la pata.

Aquella venganza, aunque exitosa, debido a alta probabilidad de que no existiera un infierno en el que aquel grandísimo hijo de puta purgara por todo el mal que había hecho, me supo a poco, así que de cuando en cuando voy a su tumba y pego con silicona sobre ella un folio plastificado en el que lo cuento todo bajo el título “la triste historia de Angelito y el cerdo violador que yace aquí enterrado”.

la piedra de los sueños

Ana Gefaell

Eran las siete de la tarde. Marcos, contó distraídamente las campanadas del viejo reloj de pared que resonaban en toda la casa, mientras leía atentamente una guía de viajes de Birmania.

Las siete, se dijo en voz alta. Hora de acostar a la abuela y darle la cena.

Cerró el libro de Birmania no sin antes marcar la página con una bella foto de su infancia. Observó la foto detenidamente. Aparecían él de pequeño sentado sobre las piernas de su abuela. Una joven de cuerpo esbelto y cabello claro, agarrado en un moño bajo que dejaba despejada las bellas facciones de su cara. Sobre sus piernas estaba un chiquillo de unos cuatro años de edad, que la mujer sujetaba firmemente con sus manos delicadas.

-¡Qué guapa eras abuela!- susurró mientras guardaba la foto entre las páginas del libro.

Bajó las escaleras y atravesó la puerta que comunicaba con el apartamento del piso inferior.

La mujer de edad avanzada, descansaba sobre el sofá tapizado de cojines de colores. Miraba distraídamente un documental que estaban emitiendo por la televisión.

- ¡Ah!, ¿ya estás aquí Marcos?

- si "abu", son las siete.

La abuela continuó hablando sin darle importancia a la evidencia. Estás porque son las siete, como cada tarde

- Mira marcos, están poniendo un documental sobre las tribus africanas. ¿Sabes?. Me hubiera gustado conocerlas. Vivir una historia de amor a lo Africano - añadió provocando intencionadamente a su nieto.

- ¡Anda abu!, pero si tu ya has conocido medio mundo. Además, los leones nada tienen que enviarte, con esta melena que tienes.

La abuela sonrió dejando que su nieto la atusara el cabello, la sentara sobre la silla de ruedas y la condujera a la cocina para darle la cena. Estaba muy delgada consumida por el tiempo y la enfermedad.

-¿Sabes “abu”?, he estado leyendo una guía turística de Birmania que encontré en tu biblioteca.

La abuela sonreía. Entre tanto su nieto trataba de entretenerla mientras le daba la cena.

Marcos había heredado de su abuela la delicia de conocer otros lugares y otras culturas. No en vano había estudiado geografía e historia en la universidad. Pero luego, la vida no le había brindado muchas oportunidades de viajar.

-Es un lugar maravilloso ¿verdad?

-Sí, las pagodas son lugares de culto bellísimos que impresionan por su riqueza en medio de tanta miseria. La religión lo impregna todo. La vida gira en torno a ella, como en casi todos los pueblos que he conocido. Para mí, fue un gran descubrimiento la naturaleza casi salvaje de la región del lago, la belleza se funde con el equilibrio del budismo.

- Cómo me gustaría conocer ese lago del que tanto hablas.

- Estás a tiempo, Marcos, ¿¿ porqué no vas???

-Si claro...Quizá para cuando yo me anime a ir, ya no pidan visado. No me mientas abu, entrar en esa dictadura militar, no es tan sencillo. ¡Confiesa!. ¿A que a ti te dieron el visado porque parecías una estrella de Hollywood?. ¿ A qué sí?. ¡Pero a mí!. ¡Ni lo sueño!. Si tengo pinta de delincuente... ¿no me dices tu eso?.

La abuela seguía sonriendo. No comería más, pero le gustaban las conversaciones con su nieto.

Marcos llevó a su abuela hasta la habitación y mientras colocaba un poco la cama vio como su abuela rebuscaba en una cajita, en el cajón de su mesilla.

Marcos se acercó y cogiéndola de nuevo en sus brazos la acomodó sobre la cama.

-¡Vamos mi estrella!, es hora de dormir.- Le dijo besando su mejilla.

-Verás. Tengo algo que te podría ayudar a pasar la frontera.

-¡¡¡No será magia!!!, ¡¡¡ ay, Dios, un conjuro!!

- Pues casi aciertas- le dijo su abuela, entregándole el pequeño paquete, envuelto con un trozo de folio.

En el pedazo de folio estaba escrito con letra temblorosa, casi ilegible “Anda, hazme el favor de viajar por mí”.

Marcos, ignoró el mensaje y se llevó la mano a la frente bromeando.

-¡Abu!, ¿una piedra mágica de verdad? ¡Caramba!. Ahora dime qué eres la bruja piruluja y me lo creo.

- Piensa lo que quieras pero, la verdad es, que esta piedra tiene la propiedad de transportarte donde desees, en tiempo y espacio. Pero solo se puede usar una vez, así que expresa bien tu deseo antes de formularlo- contestó su abuela seriamente.

-¿¿Ah sí??,- le dijo Marcos bromeando- ¿entonces podré disfrutar contigo, de tu viaje a Birmania?. Podemos ir juntos y me enseñaras esa maravillosa naturaleza que se funde en un perfecto equilibrio con el budismo.

La abuela sonrió de nuevo. Marcos volvió a besarla en la mejilla deseándole buenas noches.

-Hasta luego entonces, nos vemos en el lago Inle – le dijo la abuela.

-Hasta mañana abu- contesto Marcos.

Y apagando la luz del dormitorio, se marchó.

la venganza del yogur

Roberto González

Hace cuatro semanas, cuando eché por primera vez en falta uno de mis yogures Bífidos, me enfurecí. Fue entonces cuando también comprobé que alguien consumía mi aceite, mis huevos, mis peras, mis manzanas y hasta mi champú. Desde ese momento no hubo un solo día en que no estallase de indignación por alguna ausencia y me decía ¡se acabó, esto no lo soporto más!, pero luego me calmaba y como un mantra me repetía que todo eso eran menudencias, naderías sin importancia y que la convivencia tenía esas cosas. De todas maneras había comenzado a mirar habitaciones libres en otros pisos y hasta avisé a la patrona que me la había alquilado para que buscara otra en alguno de los pisos que gestionaba.

Me había llevado varios meses encontrar una habitación y un barrio a mi gusto. ¿Por qué tendría ahora queirme? No quería renunciar a mi habitación, ni a ese sol tibio que se colaba la mañana de los sábados o a poder ir andando al trabajo. Además no era yo el que había llegado el último al piso. No era yo el que debería marcharse. Luego pensaba en Miguel, o Miguelito que era como le llamaban al nuevo los antiguos inquilinos del piso. A Merchán y Hurtado no parecía gustarles mucho esa persona tan desenvuelta que había ocupado la última habitación libre del piso. Bueno, yo tampoco era del todo de su agrado y quizá por todo lo contrario porque tengo un carácter hosco, hurraño. Me gusta estar en mis cosas y que no me molesten demasiado. Sé que es mucho pedir cuando se está compartiendo piso con otras personas. Los compañeros de piso siempre me han sido un poco indiferentes, sólo espero que no sean demasiado pesados; si pudiese elegirlos, los preferiría mudos. Merchán y Huerto, en cambio, son extrovertidos, campechanos, acogedores y se interesan por mi y hasta incluso por el dichoso Miguelito. Yo intento que no se establezca ninguna familiaridad y a cada momento esquivo sus preguntas, y si son demasiado insistentes, sin contemplaciones les planto un “a vosotros no os interesa” y zanjó el asunto. Pero eso a ellos no parecía molestarles demasiado.

De esta manera los días transcurrían. Un día con mis desplantes y otro con mis rabietas. Por fortuna éstas nunca se exteriorizaban y todo se quedaba en pequeños disgustos que aún saboreaba al ir a dormir.

Pero ese lunes estallé. La mañana anterior, un domingo, me había preparado una fideguá de mariscos. Por hacer economías y también por gusto había cocinado lo suficiente para que me sobrase para el día siguiente. Ese lunes regresaba tarde del trabajo, cansado de los papeles y de mi jefe, y sólo me sostenía en pie el recuerdo de la fideguá que me aguardaba en la nevera. Su pensamiento hacía que a mi rostro asomase un beato rictus de satisfacción. Al llegar a casa seguí la ceremonia de rutina: me puse el pijama, me calcé mis pantuflas, puse sobre la mesa los cubiertos, el pan, la servilleta, me serví una buena cerveza con espuma y

mientras, a modo de aperitivo, la saboreaba, me dispuse a meter el taper de la fideguá en el microondas. Al abrir la nevera me quedé petrificado, anonadado, como transportado a otra dimensión. Sentí el frío de los espacios siderales. Mi estante estaba vacío, pero no era un simple vacío, sino vacío nuclear, la nada, limpio metafísico. En mi mente estalló como una supernova y olvidándome de mis mantras de reflexión, me lancé iracundo hacia la sala de la tele con ganas de templarle a uno la cara. Allí estaban, en silencio, Hurtado y Merchán, viendo una película.

- ¿Quién ha sido? – grité sin poder contenerme con los puños apretados de rabia y pronto a distribuir mamporros.

Hurtado y Merchán me miraron sorprendidos.

- ¿Quién se está comiendo mi comida todos los días? ¿Quién se ha comido hoy mi fideguá? – repetí alzando la voz

En ese momento ellos se miraron con una sonrisa cómplice y estallaron en una risotada.

- ¿Y es ahora cuando te das cuenta de que tenemos un gorrón en casa? – me espetó Merchán.

- Si sabemos hasta lo que más le gusta -añadió Hurtado mientras se reía-: manzanas y yogures.

Yo seguía alterado y quería gritar, romper algo, pero al ver su actitud tranquila y sosegada comprendí lo ridículo que debían verme y lo injusto era que yo les recriminase algo precisamente a ellos, que, según todos los indicios eran tan víctimas como yo. Adopte una postura más relajada, carraspee ostensiblemente y, ya más templado, y a modo de disculpa, les expliqué, en pocas palabras, que a mi no me importaba que me cogieran las cosas siempre que me las restituyan, que era una persona tolerante y respetuosa con las cosas de las demás, y que para llevar una convivencia pacífica era imperativo aceptar unas mínimas normas de convivencia.

- Bravo, bravo – aplaudió Hurtado a mi término-. Es lo que pensamos también nosotros, pero no te sulfures y ahora se lo dices a Miguelito, que, por cierto, ahí viene.

Y es que el dichoso Miguel venía por el pasillo atusándose el pelo, el jersey echado sobre los hombros, y al llegar a la altura del espejo que estaba al lado de la puerta de salida, se detuvo a echarse una última mirada.

- Oye Miguel – le preguntó Merchán con retintín - ¿no te habrás comido tú, por casualidad, una fideguá que había esta tarde en el frigorífico?

- Que cosas tenéis –respondió Miguel- sin dejar de mirarse en el espejo. Si ya sabéis que yo siempre como fuera. Mira, he quedado con Raquel, mi nueva novia – y en ese momento sacó una foto de su cartera para mostrárnosla – aunque creo que ya la habéis visto en alguna ocasión, si la del GTI rojo descapotable. Esta noche me viene a recoger. Me quiere

con locura. Ah, y por cierto –dijo mientras se iba hacia la puerta de salida y dirigiéndose a Merchán – uno de estos días me dejas la camisa esa nueva de cuadros tan chula, la que te compraste la semana pasada, que a Raquel y a mi nos han invitadas a un concierto que hay dentro de dos semanas en el Auditorio. Y bueno no me entretengáis más, que ya debe estar abajo esperándome.

Y salió sin poder yo siquiera decir una palabra. Estaba estupefacto con su desenvoltura. Merchán y Hurtado, que ya lo conocían de haberle tanteado otras ocasiones se decían: “menudo elemento, no hay por donde meterle mano”. Esa noche, contra mi costumbre, me quedé hablando con ellos hasta más allá de las dos de la madrugada. Necesita explayarme con alguien y ellos me acogieron encantados. Supongo que el infortunio común une mucho, aunque ellos parecían llevar la situación con mejor humor. Esa noche me fui a la cama más calmado y hasta contento de haber mantenido esa conversación. Los días posteriores, rompiendo mi rutina de ermitaño, me entretuve hasta altas horas de la madrugada comentando con Merchán y Hurtado las peripecias de nuestro particular espécimen doméstico. Sus peripecias eran nuestra comidilla, y tengo que confesarlo, al cuarto o quinto día estaba ansioso por que llegaran esas horas y pasar un rato ameno con aquellos hasta entonces desconocidos y rehusados compañeros de piso.

Unos días después Hurtado y Merchán me dijeron que la semana siguiente no me comprometiera, que tenía que acompañarles a un concierto que había en el Auditorio, justo el mismo al que pensaba asistir nuestro Miguelito con su nueva novia. Confieso que no soy muy melómano y menos aún de música clásica, pero como su compañía me era cada día más agradable, y además no tenía ningún otro plan, acepté.

- Toca Sibelius, Brahms, y Chaikosky – aclaró Hurtado.

- Ah, qué bien – contesté sin más, por no quedarme callado.

- No te preocupes – sentenció Merchán con una sonrisa socarrona- te encantará, ya lo verás.

Cuando ese día nos sentamos en nuestras localidades me sorprendí al ver que Miguel y su novia tenían las suyas muy cerca de las nuestras, a sólo tres filas por debajo y casi en la misma vertical. Los dos grupos nos vimos y como buenos compañeros de piso que al parecer éramos, nos saludamos, al tiempo que todos ensalzábamos lo que era la casualidad, en especial Hurtado y Merchán.

Desde el inicio de la función percibí que Hurtado y Merchán no prestaban casi atención al escenario y en cambio no le quitaban ojo a la zona donde se encontraba Miguel con su novia. Pensé para mis adentros, ¡que bribones!, parece que el azar no ha influido en la ubicación de nuestras localidades y quizá si una cierta libido juvenil, porque para ser francos, la chica de Miguel era muy mona. No llevaríamos ni veinte minutos de acordes cuando Miguel se levantó precipitadamente y haciendo alzar a todos los espectadores de su fila, salió literalmente a la carrera. En ese momento noté que Merchán, en un gesto cómplice, le tocaba la rodilla a Hurtado y en sus caras se dibujó una sonrisa. Al rato volvió Miguel a su localidad, y esta vez no llevaba ni diez minutos cuando la escena se repitió. A la tercera ocasión, algunos

de los asistentes se enfadaron y comentaron en alto que si iba a estar molestándoles toda la noche. Ya no le vimos regresar más. Cuando se produjo el descanso Merchán nos hizo una seña para que le siguiésemos. En el bar de recepción buscó a Miguel, que no se había atrevido a volver a su localidad y de forma discreta había aguardado en el bar el descanso de la función. Estaba sentado en una butaca baja, literalmente derrumbado sobre ella. Se le veía la cara pálida y desmejorada, las piernas le temblaban. Le preguntamos que le pasaba y él, con voz apagada dijo que no lo sabía, que le dolía la tripa y que estaba muy descompuesto.

- Claro, tanta cena fuera, tanta cena fuera- le dijo Merchán con sorna.

- Que va – respondió Miguel – si estos últimos días apenas he comido nada. Desde hace varios días tengo mal el estómago y eso que no hago más que cuidarme, figúrate que desde hace tres días no como más que manzanas y yogures, y son yogures de esos bífidus.

- Eso es lo que tienes que hacer, comer en casa, que como en casa no se come en ningún sitio – le reconvino Hurtado.

Miguel ya no se atrevió a volver a su localidad. Él y su novia tuvieron que abandonar la función cuando se inició la segunda parte.

- Llévame al hospital –acerté a escuchar que le decía Miguel a su novia cuando nos despedíamos de ellos.

Yo del resto de la función ni me enteré. Me entró uno de esos irrefrenables ataques de risa donde es imposible parar. Como no podía ser de otra manera tuve que abandonar el concierto; ya para entonces Merchán y Hurtado me habían confesado que llevaban más de cinco días inyectando Evacuol líquido en los yogures y en las manzanas de la nevera, justo en esos que sabían que se comía con fruición Miguelito.

- Para que aprenda –sentenció Merchán – y esto no ha hecho más que empezar.

Al día siguiente me llamó por teléfono la patrona. Me había conseguido otra habitación en otro piso compartido. Debió quedar confundida con mi respuesta.

- ¿Írme yo ahora de aquí? Ni por todo el oro del mundo. Los yogures hay que disfrutarlos.

elogio de la locura

David Mora

I

Tras la apariencia de lo real
lo infernal
y ante los ojos de unos pocos
lo excepcional.
Así surge el milagro
Así se muestra
Siempre en camino
a media sombra
de una senda invisible
entre humos densos
extintos y dañinos
del negro infierno
subiendo impasible
hasta la boca azul
del indomable cielo

II

Perdida la esperanza
de una vida sin cordura
Mi mente y mis deseos
se quiebran y deshacen
cuando camino sin verte
por el largo de tus calles

III

En un cuerpo lleno de sangre
Bajo la cicatriz del cielo
Y sometido al fin del concierto
de la sinrazón que lleva
o más bien queda
cuando retorcidas mis venas
me llevan a estallar al fin
al darme cuenta

de lo que importa
en esta sociedad maldita
entonces sí me calmo
sí me calmo entonces
sí pienso
sí veo
sí siento
que habito por un tiempo
de prestado
en un cuerpo
doliente y asustado

IV

¿La suerte?
No la oigo
Pero se que sus manos
esperan pacientes
Tras las dados de la muerte

V

No comprendo desde hace tiempo
El sentir de aquellos
Que como yo
Dicen pensar cuando hablan
¿Será que me habré vuelto loco?
O será...
que los locos son ellos.

VI

Mis pasos
En estas calles mojadas
me recuerdan
Que aun y por ahora
sigo vivo
sin tener una salida
aun y por ahora
sin tener una razón

VII

Los rayos del sol
están más cerca de mis manos.

Cada día
En Dulce
 Miel
 Ambrosía
arde la llama
de una vida prohibida

VIII

Perspectivas inciertas
De un mundo sordo y cambiante
Para aquellos no nacidos
Una delicia
Para los que estamos vivos
Una oportunidad casi vencida
Y Para los ya fallecidos
Una batalla perdida

IX

El camino que hago de día
muda de piel cada noche
mientras
las hadas
con sus dedos
sobre el lienzo de los sueños
perfilan
pintan
y dibujan
aquel calor que falta
cuando mi ojos hablan
con la luz de la mañana

X

Alto! que el mundo se detenga.
Llevo un mensaje de esperanza
Para los corazones despiertos
¡Que nadie hable todavía!
Aun tengo que deciros algo
Pero despacio, no corráis...
Aun es pronto todavía
dejad que la primavera pase
y que pase también el invierno
dejad por un momento de preocuparos

no importa, nada importa
solo el presente que es ahora
cógelo
áselo firme con tus manos
y ya verás que sin esfuerzo
todo llega y sin premura
todo pasa

XI

No necesito a nadie
para encontrar
El camino de regreso
A la isla común de la cordura
Pues como aquel perro
vagabundo en una esquina
me lamo yo solo las heridas
que ya vendrán después
también solos
la muerte el ataúd
y el silencio mal educado
de mi ausencia
el día fatal en que yo muera

XII

Apocalipsis, sueños rotos, mansedumbre
Todo es echo en mil pedazos
Y aun así la ternura, el calor, Y los placeres dispersos
Hacen de esta vida del hombre
En otra noche perdida
El altar de un nuevo día

el viaje

Cristina Angosto

Me gustaría intentar explicar las circunstancias que me llevaron a emprender aquel viaje, sin embargo, sólo podría decir que un sentimiento profundo de nostalgia y de búsqueda me invadía, expandiéndose por mi cuerpo en cada latido. Finalmente partí, sin saber muy bien a dónde.

La inmensidad de Europa se extendía ante mis ojos, renacida en su urbanismo y modernidad. Las epidemias habían cesado, pero tras su paso las ciudades, aún convalecientes, respiraban el hedor de la muerte, que se adhería al cuerpo como una segunda piel. Huí a Escocia, desesperado por quitarme ese olor que me inundaba las entrañas. Allí la tierra se humedecía en remolinos subterráneos, desprendiendo aromas capaces de despertar en mí recuerdos añorados.

Muchas veces paseaba por las colinas y me perdía entre sus bosques, con la nostalgia en los talones, susurrándome que volviera, ¿volver a dónde?

Finalmente me decidí a viajar a Plymouth para tomar allí un barco rumbo a Francia, quería llegar a París.

La travesía no fue agradable, el oleaje nos zarandeaba de un lado a otro y a menudo salía a cubierta intentando mantener la compostura. Una noche salí en busca de aire frío, pues había comprobado que era lo único capaz de despejar mi mente en las noches de insomnio. En mi lugar había una mujer. Me sentí un poco molesto, hubiera preferido estar sólo, pero aún así me acerqué, quizás por intriga, y ella me habló sin darse la vuelta:

- ¿Qué estas buscando?

Me quedé parado detrás de ella, sin saber qué decir, entonces se dio la vuelta, y quedé sumergido en sus ojos verdes. No sé si el tiempo se detuvo entonces, o pasó vertiginosamente entre mis dedos, sólo recuerdo que contemplé los bosques de Escocia, y pude oler la tierra mojada, las tormentas... y sentí las manos frías.

Quedé petrificado ante su belleza, con esfuerzo conseguí apartarme de su mirada y le confesé:

- No lo sé, pero me gustaría encontrarlo contigo.

Ella sonrió y asintió, cogí su mano y el calor volvió a mi cuerpo.

Viajamos sin cesar, ella era paciente aunque no comprendía mi búsqueda. Visitamos París, en Notre Dame contemplé la grandiosidad del arte gótico, con él experimenté el poder de la luz para desterrar a las tinieblas, y los anhelos del alma por ascender a límites que no puede abarcar lo humano.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos viajando. A veces creía haber encontrado lo que buscaba, pues la nostalgia había dejado de atormentarme.

Una noche ella se sentó junto a mí y me dijo:

-Quiero volver a Escocia.

La miré, ella contemplaba el infinito de forma extraña, como si no estuviese allí conmigo. Cogí su mano y me miró, sus ojos verdes estaban apagados, las tormentas habían dejado paso a una suave lluvia, y los bosques parecían sombríos y abandonados.

Al día siguiente emprendimos el camino de vuelta. Otra vez mi nostalgia creció, y la paz dejó paso a un sentimiento de inquietud.

Los días tiñeron de gris sus ojos, y el frío anidó en ella hasta que ni el fuego parecía capaz de calentarla. Cuando llegamos a Escocia a penas podía tenerse en pie, me pidió que la llevara hasta el bosque y allí me senté, con ella entre mis brazos.

- ¿Qué estas buscando? – me dijo

Y yo, por segunda vez me quedé callado, sin saber qué contestar. Apreté su mano y sentí como se resbalaba entre las mías, hasta caer inerte al suelo.

Entonces supe que mi búsqueda hacía tiempo que no tenía sentido. Creí haber encontrado lo que buscaba en la belleza de la arquitectura, en sus formas robustas moldeadas suavemente, en la armonía de la luz, capaz de espantar las tinieblas que escondemos en lo más íntimo. Pero fue con ella cuando conocí la paz que había estado persiguiendo. Lo tuve tanto tiempo delante y no lo había visto...

Todavía durante las noches de tormenta dibujo sus ojos en la tierra húmeda, y creo verla paseando entre los árboles, mientras su aroma se mezcla con las gotas que trae la niebla.

el secreto de sus ojos

María Luisa de León

U nos preciosos ojos azules. ¿Qué hay tras ellos? - Vamos con Diabelli - le digo, y sonrío ligeramente. Primer tiempo. Cuatro manos, las tuyas y las mías. Fluyen las notas, y en los lentos nuestros dedos acarician cada tecla. Las mismas que gritan con bravura cuando son atacadas por los fortísimos. Su melena rubia roza mi hombro. Observo sus ojos durante la ejecución. Bullen en sintonía con los suaves movimientos de expresión de su cuerpo.

- Marta dime, ¿Qué te pasa?

No contesta. Respeto su silencio. Me abraza no quiere marcharse. Levanto su cabeza, y nuevamente descubro unos ojos que se funden nublados por las lágrimas.

- Si de mi dependiera – le digo.- Seguirías siendo mi alumna hasta finalizar tu carrera

Un nuevo silencio y una mirada humedecida cargada de emoción acepto como respuesta.

Marta había terminado el ciclo elemental y debía trasladarse a otro conservatorio de grado superior. Recuerdo sus comienzos. Con tan solo siete años se vislumbraba ya con un futuro prometedor. Tenía excelentes dotes musicales. Su actitud perseverante y sacrificada, a pesar de su corta edad, lo ratificaba. Yo me adjudicaba una parte ínfima de su mérito, ya que había sabido transmitirle el amor por la música. Frecuentemente, al finalizar la clase, interpretábamos alguna sonata a cuatro manos. Resultaba interesante compartir la interpretación, y sé que a ella le entusiasmaba, sobre todo en las audiciones de fin de curso.

.....

Han pasado unos años, durante los cuales no he visto a Marta. En todos los claustros y reuniones con los compañeros de otros conservatorios. He preguntado por ella. Al principio, el profesor que le habían adjudicado, estaba encantado. Era una chica que prometía y me felicitaba por la base técnica y artística de sus comienzos en mi clase. Pero esto fue cambiando, y las noticias que me llegaban no eran buenas. Marta había perdido el interés y últimamente dejó de asistir a clase. Durante un tiempo estuve culpándome por el fracaso de mi alumna. No supe ayudarla cuando ella me enviaba un mensaje, solo escrito en sus translucidos ojos, y que yo debía adivinar. Nunca hubo palabra alguna que me hiciera intuir la magnitud de su problema.

Pero hace unos días recibí una carta, cuyo remitente era Carlos Durán. Me sobrecogí. Posiblemente se trataba de un hermano de Marta ya que su apellido, Durán,

coincidía con el de ella, y presentí alguna adversidad. Abrí el sobre con ansiedad y descubrí que aunque su confianza había llegado tarde, lo hacía en el momento que ella consideró oportuno. Libre por fin de prejuicios, sus escuetos renglones me hicieron llorar:

Querida María Luisa;

He sufrido mucho, Durante un tiempo necesité desesperadamente tu ayuda, más fui incapaz de solicitarla. Cuando casi había reunido las suficientes fuerzas, el destino me separó de ti. Pero he sobrevivido.

Ya no soy Marta. Ahora soy Carlos. Mi padre reía y mi madre lloraba. Y sola me hundía en mi drama. Sin poder evitarlo rechazaba mi cuerpo, pero todo ello finalmente ha sido superado.

Tengo muchas ganas de verte. Hasta ahora no me he atrevido. Podrías asustarte, ya que he cambiado profundamente. Luzco una bonita perilla y un espeso bigote, y me siento tan contento. Estoy deseando abrazarte.

No he olvidado las horas de estudio que me dedicaste y no te defraudaré. Reanudaré mis estudios y acabaré la carrera. Hasta pronto.

Carlos.

.....

Hoy contemplo unos preciosos ojos azules iguales que los de antaño. Ahora fácilmente leo en ellos. Son capaces de Irradiar ilusión y esperanza.

- Vamos con Diabelli - le digo. Y sus manos comparten con las mías el teclado.

la verdadera historia de Juana La Loca

María José Sánchez-Ulloa

Érased una vez que era una princesa inocente, que de tan buena y prudente, acabó siendo demente.

Se cuenta que la princesa muy elegante y muy culta, inteligente y austera, en la Corte ella así era, un ejemplar a imitar. Mas, aunque virtuosa y noble cumplió sus obligaciones y reglas sin rechistar, la muchacha era tan joven que su corazón ardía de fuego y con osadía como tremendo volcán.

Un buen día se encontró casada con un truhán de elevada condición llamado D. Felipón que era de sangre real y de guisa tan carota que salía de rondón, día sí y día no. y cuando Juana la ingenua, de estas chanzas se enteró, en cólera tal montó y le cantó las cuarenta al chuleta del marido, pues semejante conducta de desplantes e ignominia en las Cortes Españolas de prestigio y rectitud, eso estaba prohibido.

Hay Juana, Juanita, Juana, tan sensatita y cabal, con semejante mamón, que loca habías de estar, pues como la Historia cuenta, no basta con ser decente, enamorada y prudente, para no ser engañada por un marido pendón.

Mas, Doña Juana que era de una casta sin igual y aunque loca terminó por tanto y tanto aguantar al innoble semental con el que así se casó, ella digna se mostró hasta el último momento, demostrando en el intento que el amor es de valientes y aunque boba lo entregó a quien no lo merecía, con ese buen corazón de generosidad e hidalguía, su valor lo decidió y nunca se arrepintió de amar a quien no debía.

El amor de Doña Juana siempre pasará a la historia como algo singular, pues sin duda convenció de que en el verdadero amor, siempre tienes que arriesgar, tan solo así puedes dar más y más sin condición, pues que locura de amor es la ofrenda más cabal, generosa y sorprendente, que muy pocos hay valientes y capaces de afrontar.

Y este humilde trovador que canta por los caminos, recuérdale a los vecinos de esta aldea peculiar que una limosna han de dar, si para el próximo día de nuevo les placiera otra historia aquí escuchar, pues de todo está enterado, maridos que se la pegan, esposas con sus amantes, líos y líos sin par y con gran divertimento está dispuesto a narrar a quienes portan monedas y con generosidad, quíéranle algunas dar.

“Agua vaaaa”

Y colorín colorado esta historia se ha acabado, deseándoles Señores que a todos les vaya bien y que se acuerden de quién, con humildad la ha contado

naufragios

Josém Balboa

El sol caía con fuerza entre las ramas de los árboles, cortando sobre el suelo sombras en las que trataba de adivinar alguna forma fugaz que le recordara otros tiempos. Siempre había algo que hacer en aquella isla: recoger frutos, pescar lo poco que se dejara atrapar...incluso encontrar alguna tortuga con cuyo caparazón hacer acopio de agua durante las tormentas; pero al atardecer, cuando el horizonte empezaba a perderse en si mismo, rastreaba la playa con la esperanza de que el mar tuviera a bien traerle restos de naufragios, y con ellos poder reforzar su pequeño y débil refugio.

Un día, tras una de estas buscas, divisó a lo lejos algo que centelleaba en el agua hasta quedar atrapado en la arena. Al ver que las olas volvían a tratar de llevárselo, soltó todo lo que llevaba y corrió hasta el objeto: una pequeña botella, sellada con hojas, que parecía contener un mensaje en su interior, una nota de socorro. Leyéndola con nerviosismo, se encamino de nuevo hasta su cobijo y buscó, entre las escorias de la hoguera que había preparado la noche anterior, un palo a medio quemar con el que poder responder en el revés de aquella hoja ya gastada. Aquel barco era también el suyo, aquel día era también...quizá se hubieran cruzado o quizá ese alguien estaría en la isla que se divisaba a unas millas, o en las que se adivinaban a lo lejos y parecían dirigirse algunos pájaros. Con la tizna en la mano, miró al cielo buscando las palabras que necesitaba decir, o las que ese alguien necesitaría oír, pero fue incapaz de encontrarlas. Garabateo en el papel lo poco que se le vino a la cabeza, tapó de nuevo la botella y la lanzó tan fuerte como pudo desde el mismo punto donde la había recogido.

Se quedó en la orilla viéndola desaparecer en la lejanía.

Los días pasaron y no pasaron durante mucho tiempo, hasta que un nuevo destello le hizo salir de su refugio a por la botella que el mar había acercado nuevamente a la playa.

Con las manos temblando leyó la nota. Era exactamente la misma que había recibido la vez anterior.

Al darle la vuelta no había nada.

Volvió a leerla y, lentamente, empezó a caminar hacia el interior, cada vez más oculto, más adentro...tan cerca del corazón de la isla que ni siquiera pensó si aquel mensaje, aquella misma letra, no la habría visto miles de veces antes.

hallábame yo cierto día...

Julio Herrera

Hallábame yo cierto día frente a la casa de la lechera y tirábale piedras al alféizar de su ventana que es señal convenida por si no estuviera el marido para yo entrar. Ella abrió su ventana, un gesto me hizo, subí por la enredadera y me topé con sus nobles pechos que, como manjares blancos, yo prontamente tomé entre mis dientes y rodamos por el suelo y díjome:

- Espere, mi señor, pues tengo una pócima para nosotros que vendióme un buhonero. Un poco deste unguento he ponelle yo en las narices y tendrá vuestra merced el brío de un jabato.

La lechera eso hizo, mas tropezóse con una de mis piernas y todo el líquido cayóse en mis narigones y mis morros y la cara empezóme a arder y comencé a correr por la estancia como pollo sin cabeza mientras ella reíase de verme todo apurado y salí de allí aullando acordándome de un refrán de mi tierra:

“No vayas fuera de casa
a buscar pan de trigo
que muchos van a por lana
y vuelven sin abrigo”.

el adúltero

María Luisa López

Es una verdad universalmente reconocida que una persona que comete adulterio una vez quiere seguir cometiéndolo, eso me decía una voz, me lo repetía en sueños, al despertarme y al acostarme, a lo largo del día, y en las múltiples circunstancias en las que me veía mirando el paso de una muchacha, el movimientos de sus cadera, o las piernas cruzadas de la señora sentada en la terraza de un café.

Yo era un hombre feliz, me había casado enamorado de Sonia mi mujer, era alta, risueña, tenía unos ojos entre verdes y marrones, color de aceituna, como yo solía decirle muchas veces cuando llegaba a casa.

- Hola ojitos de aceituna, que tal el día.
- Bien pesado, date prisa que vamos a cenar.

Esa rutina, esas contestaciones frías y esos días monótonos, fueron tal vez, lo que me llevo a fijarme en Fátima.

Fátima, una joven que veía casi todos los días en el bar de debajo de mi oficina donde coincidíamos a tomarnos un café u otra cosa.

Tal vez, sin darme cuenta coincidía mas de lo que la casualidad nos hacia coincidir, yo bajaba mirando el reloj, y pensando si la vería, y si no estaba, alargaba mi estancia hasta que llegaba, tal vez ella hacia lo mismo.

Así un día, comenzamos a contarnos lo cansado de ese día, jueves, ya avanzada la semana, y seguimos lamentándonos de nuestra vida rutinaria, de las pocas novedades que nos deparaban nuestras vidas organizadas y totalmente programadas en las que todos los días se repetían las mismas rutinas.

Y así, un día rompimos juntos esa monotonía y nos fuimos a tomar una copa, otro día a cenar y al cine y otro lo alargamos a un fin de semana, así fui adúltero.

Por supuesto eso se repitió, era emocionante, el engaño, las prisas, las mentiras, todo parecía mas excitante, el tiempo daba una especie de paradas y carreras en las que yo iba con el corazón acelerado y sudando para luego quedar agotado, descansando pesadamente y diciéndome que era la última vez, pero al comenzar otro día se había olvidado y todo mi cuerpo pedía, necesitaba, que se repitiera esa excitación esa desazón, que me hacia sentirme vivo, y así continuamos Fátima y yo hasta que como suele ocurrir, se descubrió mi infidelidad y mi adulterio quedo al descubierto,

Sonia venía observando mi cambio en la rutina, mis demoras, mis retrasos y mis excusas para mantener días libres y horas que no tenía porque tener ocupadas. Total Sonia mosqueada, preguntaba e interrogaba, pillando mis mentiras y sospechando, descubrió a su adúltero marido. Ahí comenzó la otra parte de esa vida nada rutinaria, nada monótona, en la que todo era enfado, persecución y discusiones, y cuando yo prometía mi fidelidad y solicitaba su perdón, ella, Sonia, en un momento me dijo:

Es una verdad universalmente reconocida que una persona que comete adulterio una vez quiere seguir cometiéndolo, ahora esa frase no puedo quitármela de la cabeza, dos años han pasado y Sonia y yo nos habíamos separado, la relación con Fátima se afianzo y vivimos juntos mas de un año, éramos una pareja feliz, Fátima me acompañaba a todas partes, no me dejaba tiempo para perderme, ni oportunidad para serle infiel, teníamos lo que se podía interpretar como una relación de pareja feliz.

Pero, Fátima tuvo que irse unos días por motivo de trabajo, y yo me quede solo, lo cual me dio la oportunidad de salir con libertad de hora y no tarde mucho en encontrar a una chica en el bar en el que tomaba una copa, Adela, se llamaba Adela y era muy agradable, y fue sin pensar, no estaba nadie en casa, nadie me esperaba, tenía margen de confianza y, así, volví a ser adúltero.

Sonia tenía razón dos años esperando una mínima ocasión y no había tardado ni dudado ni dos minutos en volver a engañar a mi pareja, pero esta vez estaba frío, se podría decir satisfecho por mi hazaña, que quedaría en el anonimato, a así cometí adulterio y comprendí que volvería a hacerlo era reconfortante, me hacía sentirme bien, mas joven, capaz de conquistar y además tenía a Fátima en casa, ignorante de todo y feliz.

Pasaron unos meses y Fátima tuvo que volver a viajar y esto se repitió tres o cuatro veces mas, yo decía lamentar quedarme solo pero, la anima a que realizara sus viajes para que no sintiera que yo cortaba su futuro profesional, eso la decía, aunque la realidad era muy distinta, eso me permitía repetir mis salidas en la que siempre acababa con alguna chica mas o menos escogida, y volvía a cometer adulterio, si bien en forma momentánea y sin ataduras, rara vez repetía con la misma chica, y eso me producía una sensación de libertad y liberación diferente, me permitía sentirme bien, pensaba que era momentáneo que era solo esa vez.

Entonces, un día volvió Fátima de uno de sus viajes mas eufórica que de costumbre, se le veía radiante, y a la vez parecía tener una preocupación, estaba nerviosa, y por fin se enfrente a mi y me confeso que llevaba dos años viéndose con su compañero y que estaba engañándome desde entonces con él.

Que podía decir, recordé, “es una verdad universalmente reconocida que una persona que comete adulterio una vez quiere seguir cometiéndolo”, Fátima y yo comenzamos a la vez a ser adúlteros, y esa frase que me perseguía, ¿era real?.

la naturaleza del Rey

Carmen Martí

España era el imperio en el que no se ponía el sol. Todos los países europeos estaban con los ojos puestos en su poderío para arrebatarárselo. La noticia de la muerte de Felipe IV dejando un hijo de 4 años y a Mariana de Austria como regente puso nerviosos a más de un Estado. El más intrigado era el rey sol, Luis XIV de Francia casado con Maria Teresa de Austria, hija de Felipe IV cuya dote de 500.000 ducados para que renunciase a sus derechos de sucesión a la corona española, no pudo pagar España. El Cardenal Mazarino, asesor del rey sol, aconsejó que se hiciera la vista gorda para así, poder reclamar más adelante, los derechos al trono español. Europa no toleraría la unión de esas dos potencias por eso, en la corte francesa se fraguó la posibilidad de llegar al trono de España desde que se empezó a hablar con mucha ironía del “hechizo” que aquejaba al rey Carlos II. Luis XIV y su hijo el gran Delfín prepararon minuciosamente a María Luisa de Orleáns, nieta de Maria Teresa de Austria y Luis XIV. Era una princesa muy hermosa y dulce. Le enseñaron español y su abuela le contó todo cuanto había que saber sobre la corte de España.

Carlos II se enamoró locamente de su prometida y luego esposa. Tenían 17 años ella y 18 él. Para liberarse de la regencia materna, Carlos II hizo llamar en secreto a su hermanastro Don Juan de Austria, (32 años mayor que él) le hizo jurar lealtad y le nombró Infante, lo que le permitió asumir el gobierno de España, cargo que desempeñó hasta su muerte. Mientras, el Rey intentaba con gran pasión preñar a su joven esposa pese a que, para darle un beso, tenía que machacarle la garganta con su prominente barbilla hasta casi ahogarla. Quizá por esa circunstancia la pareja no lograba concentrarse en la labor de dar un heredero a la corona. Carlos II escuchaba los consejos más absurdos sobre lo que debía hacer en el lecho y fuera de él para concebir. Se sometió a todo tipo de análisis, comprobaciones y medidas por parte de médicos y eclesiásticos que aseguraban que la “naturaleza del Rey, era la correcta y se ajustaba con precisión a la de la Reina”.

Sor Ursula Micaela Morata que mantenía una asidua correspondencia con el Rey, previa solicitud de dispensa papal, proporcionó a su majestad una novicia hermosa y fortachona con la intención de averiguar, en el máximo secreto del convento, si el rey era o no impotente. De ese único desliz nació Maria Isabel, aunque las malas lenguas aseguran que el confesor del convento pudo ayudar a la causa real. El rey adoraba a su esposa y no quiso darle motivo de sufrimiento, de modo que la niña se quedó en el convento que fue dotado sustancialmente por la corona.

Sabiendo ya el rey que no era estéril, se esforzó con más ahínco todavía en preñar a la frágil Maria Luisa de Orleáns que no resistió los embates del valiente Carlos y sucumbió de gozo dejando al pobre Rey viudo y desamparado. Pero el rey le había tomado gusto al

ejercicio de su deber para dar un heredero a la corona y a los pocos meses del fallecimiento de su amada esposa, se casó con Mariana de Neoburgo. La noticia produjo una apoplejía a Luis XIV que empezaba a impacientarse, temiendo que la corona de España, para la que estaban preparando a su nieto Felipe de Anjou, quedara de nuevo en manos de los Austrias.

Carlos II tenía una mala salud de hierro. Llevaba muriéndose desde niño sin conseguirlo y eso es lo que sembraba el desconcierto en toda la diplomacia europea.

Mariana de Neoburgo era mucho más fuerte que la reina Maria Luisa y aguantaba los requerimientos del rey tantas veces como se le antojaba al monarca y en cualquier lugar de palacio, del campo o de las caballerizas antes de salir de caza o de regreso a sus aposentos. Pero no fue suficiente. Una de las doncellas que la reina muerta trajo consigo de Francia, vertía cada mañana en los zumos de la joven Mariana unas pócimas que le entregaba el embajador francés para que la Reina no lograra concebir. Sintiendo próxima su muerte y con el sentido de la responsabilidad que le caracterizaba, Carlos II el Hechizado procuró el descanso a la desasosegada diplomacia europea, testando a favor del pariente más cercano, nieto de su hermana María Teresa, reina de Francia. De ese modo llegó a España Felipe de Anjou como Felipe V a quien también su abuela le había enseñado español y amor a España por lo que se granjeó la adhesión de su pueblo sin problemas.

epílogo

Es una pena que Juan José de Austria, el hermanastro de Carlos II, que llevaba sangre fresca y sangre real, era inteligente, bien parecido, valiente y prolífico, no tuviera posibilidad de acceder al trono como hacen hoy los herederos y herederas de las monarquías europeas, que se casan con plebeyas o plebeyos y permiten que la sangre real se renueve y la sangre del pueblo llegue a reinar. Nos hubiese evitado 13 años de guerras de sucesión, 1.300.000 muertos, las arcas vacías y la invasión de reyes franceses o flamencos que ignoraban todo de nuestras costumbres y no entendían la lengua con la que iban a dictar leyes y edictos.

Nadie podía predecir que, tres siglos después, Luis Alfonso de Borbón, con sangre real y plebeya, biznieto de Franco, sería nombrado heredero de la corona de Francia. Ironías de la Historia.

una situación delicada

Eloisa Suárez

Marga había recibido esa mañana una llamada de su padre: Necesitaba verla urgentemente. Ella se sorprendió mucho, ya que su relación con él había sido más bien escasa desde hacía ya diez años, justo desde que se separara de su madre. No sabía, desde entonces, ni a qué se dedicaba su padre ni qué era de su vida privada.

Antes todo había sido tan distinto... Sus padres habían creado juntos una pequeña empresa en Colombia, donde enseñaban a las indígenas a tejer con máquinas industriales y, su madre en particular, había sido la artífice de la implantación de los microcréditos en la zona. Ambos la habían apoyado mucho cuando comenzó sus estudios musicales. Ahora, su madre seguía muy unida a ella y sabía que, aunque en la distancia, su padre también estaría al tanto de su exitosa trayectoria como directora de orquesta

¿Qué querría su padre de ella con tanta premura, después de tanto tiempo? Habían quedado en una cafetería de las Ramblas y ya era la hora convenida.

No tuvo que esperar mucho ya que apareció un joven que, dirigiéndose a ella muy decidido, le preguntó:

- ¿Margarita Ferrero?
- Sí – dijo ella.
- Debo entregarle esto – dijo el joven, alargando algo que parecía una nota.
- ¿Espera respuesta? – preguntó la chica.
- ¡Sí! – Contestó con aplomo su interlocutor.

Ella desplegó el papel y pudo leer:

Hija, perdona que no haya acudido a la cita pero el problema es más importante que una simple descortesía. Debes acompañar al portador de esta nota. Él te llevará donde me encuentre y aquí te lo explicaré todo.

Te quiere
Papá

Marga, desorientada por completo, miró al joven como interrogándole con la mirada. Él se limitó a decir:

– ¿Me acompaña, señorita?

Bastante consternada, ella le siguió hasta el coche que les llevaría a la zona alta y más suntuosa de la ciudad. Las puertas del jardín de un lujoso chalet se abrieron, dando paso al automóvil y, pasados unos minutos, se encontraba junto a su padre en lo que parecía ser la biblioteca de la casa. Ambos se abrazaron.

César Ferrero, que así se llamaba su padre, le puso enseguida al corriente de todo:

– Mira, hija, la situación es muy delicada, no te lo voy a negar, pero me han prometido que a ti no te pasará nada, que no corres peligro alguno.– Y su padre empezó a relatarle todo lo que había sido su vida, la que ella ignoraba, desde que se separase de su madre.

La necesidad le había hecho enrolarse en lo que se había dado en llamar La Mafia Rusa: Empresarios del Este, principalmente rusos, que se dedican al blanqueo de dinero en nuestro país, sobre todo en la zona de Marbella, donde invertían en la construcción.

Mientras este sector fue bien, todo eran ganancias y pingües beneficios, pero al explotar la burbuja inmobiliaria, todo se había venido abajo. César, por su cuenta, había desviado un importante capital para negocios particulares, que iba reponiendo cuando obtenía las ganancias oportunas, pero ahora todo iba mal y se había pillado los dedos en una importante cantidad de dinero.

El clan quería, no sólo escarmentarle, sino también dar una llamada de atención; un aviso a navegantes de lo que le pasaría a todo el que intentase engañarles.

– Por eso estamos aquí, Marga – continuó su padre – porque quieren que seamos rehenes suyos que, debido a tu popularidad en los medios, a lo famosa que te has convertido gracias a tu carrera profesional, trascienda internacionalmente la noticia de tu secuestro. Bueno el secuestro de ambos, pero principalmente el tuyo.

Ella le miró completamente espantada y le dijo:

– ¡Pero papá! ¿Qué me dices? ¿Cómo has sido capaz de facilitar y colaborar tan ruinmente en el secuestro de tu propia hija?

– Lo sé, hija, lo sé, pero no tenía otro remedio. Si no lo hacía, me aseguraron que te matarían irremisiblemente, ya que así también obtendrían la publicidad deseada. Créeme, Marga, les he ofrecido mi propia vida pero la han despreciado por insignificante.

Padre e hija se abrazaron llorando amargamente. Cuando pudo, él continuó:

– Ellos me han asegurado que no te van a hacer ningún daño, que sólo te retendrán unos días, el tiempo suficiente para difundir el miedo necesario para que sus colaboradores entiendan claramente el mensaje.

La noticia no tardó en ser cabecera de periódicos, radios y televisiones. Incluso las revistas del papel couché adelantaron sus ediciones para ocuparse también del asunto.

Clara, la madre de Marga, casi se vuelve loca al enterarse, pero no podía hacer nada. No pedían dinero y no sabía cómo ayudar. Todo aquello parecía una vendetta y sólo cabía esperar la eficacia de la policía.

Lo que los desalmados no esperaban era que las bandas organizadas de Latinoamérica, que tenían un gran respeto a la familia Ferrero y en especial a Clara, por la ayuda prestada a su gente a través de los microcréditos, iban a tomar cartas en el asunto. Así, al tercer día de cautiverio de nuestros protagonistas, y justo por la noche para aumentar el desconcierto, cuatro hombres debidamente encapuchados y pertrechados de toda clase de armas penetraban en la mansión y, ayudados por la sorpresa, redujeron a toda la vigilancia y liberaron a padre e hija. No obstante, al ir abandonando la casa, uno de los que se suponía abatido reaccionó y se disponía a disparar a Marga cuando, con un rápido movimiento, César se interpuso entre su hija y la munición disparada, cayendo gravemente herido.

La noticia volvió a inundar todos los medios de comunicación:

“Debido a una exitosa intervención de la policía, los dos rehenes, padre e hija, fueron liberados. En el transcurso de la acción, el padre resultó herido pero se recupera satisfactoriamente en un hospital de la capital”

el milagro de la Virgen de Cientochova

Enrique Romero

La extraña historia que les voy a contar ocurrió hace tiempo en un siniestro club de carretera con el que quiso el destino que me topara en uno de los viajes que, a lomos de mi flamante Harley Davidson, hacía a lo Easy Reader por todo lo largo y ancho de este mundo.

Estaba ubicado en tierra de nadie en un desolado páramo de la Mancha de cuyo nombre va a ser mejor que no nos acordemos. Se trataba de un viejo movil home aparcado en un descampado en el kilómetro 108 de una poco transitada carretera comarcal. Varios tubos fluorescentes de colores, alimentados por un ruidoso generador diesel, servían de inequívoca señal para que los solitarios camioneros que por allí pasaran supieran de que índole era la actividad que en aquel antro se desarrollaba, por si fuera de su interés hacer una parada, tomarse un algo y aliviarse el cuerpo o el espíritu. Regentaba el negocio la Reme, una mujerona andaluza de armas tomar, entrada tanto en carnes como en años, y muy dicharachera.

Me acompañaba en aquella ocasión el Rompebielas, un compañero de aventuras más duro, más viejo, con la coleta más larga y más motero que yo. Llevaba un casco alemán de los del Kaiser pulido y galvanizado, con su pincho y todo, que era una auténtica joya.

Aparcamos nuestras relucientes máquinas y entramos en el garito. Olía a ambientador de cine de barrio con tal intensidad que hasta te picaban los ojos. La Reme nos sirvió dos botellines de Mahou calentorros y unos alcagüeses y se puso a limpiar con un trapo infecto el no menos infecto mostrador mientras tarareaba la canción de los Chunguitos que sonaba a to meter en un radiocassete, y era tal el vigor de los restregones que su enorme cargamento pectoral amenazaba con sobrepasar a cada viaje los lindes legalmente establecidos por el generoso escote de su camisa de lunares, y con la esperanza de que así ocurriera estábamos observando atentamente y en silencio aquel hipnótico espectáculo cuando entraron un par de camioneros. Uno era polaco, rubio, grande como la madre que lo parió y con unos ojos azules que quitaban el sentío, y el otro era... bueno, era de Murcia.

La Reme se quedó mirando boquiabierta y dijo:

-¿Y este príncipe que me traes qué es? ¿Un regalo por nuestro aniversario?

-Más quisieras tú- contestó el murciano, y pidiendo unos coñacs pasó al tigre desde donde mientras se aliviaba se le oía quejarse a voces de las condiciones higiénico sanitarias del mismo.

-¡A ver que quieres corasón!- Decía la Reme riéndose- Es un váter químico que aquí no hay alcantarillao y si vierto en la cuneta vienen los de sanidad y me precintan el chiringuito.

-¡Pues ya podías echarle más disolvente, joder!- le contestó el murciano- que como pasen los de sanidad por aquí no te lo precintan, no, te lo bombardean directamente.

La Reme cogió de debajo del mostrador un bidón de plástico rojo marcado con una calavera y dos tibias cruzadas y se dirigió al servicio mascullando quejas sobre el precio del puto disolvente y lo dañino que es para la naturaleza.

El polaco, ajeno a todo se ventiló la copa de Soberano de un trago. Sobre su bíceps izquierdo llevaba un tatuaje que rezaba: “Madre mía, en vos confío, tu eres mi luz y mi guía”. Lo que da idea de cuan grueso era el calibre del mencionado músculo.

-¡Pues anda que a éste rubiales quien le habrá engañao!- me comentó con sorna el Rompebielas señalándole con la cabeza- Le han tatuado la Biblia en verso al gachó.

El polaco, que, a pesar de su evidente condición de extranjero, entendía el castellano a la perfección, se nos encaró visiblemente cabreado diciendo: -¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara?

-No, no, es que nos ha llamado la atención esa frase tan guapa que llevas tatuada.- Dijo el Rompebielas señalándole el brazo.- Debes querer mucho a tu vieja.

Mira, fue decir lo de vieja y como un resorte aquel gigantón, poniéndose rojo de ira, se abalanzó sobre mi compañero con la evidente intención de perjudicarle físicamente mientras gritaba que a su Virgen de Centochova no la llamaba vieja ni su madre.

Al olor de la bronca volvió precipitadamente el murciano -Eh, eh, angelitos negros, no me soliviantéis al rubito que si se arranca a repartir hostias no hay dios que lo pare.

-¿Y tú a quien coño llamas angelito negro, enano de mierda?- dijo el Rompebielas haciendo gala de su proverbial falta de tacto para manejar situaciones difíciles. El murciano no era un gigante, pero tampoco un enano, y tenía muy mala leche. Sin mediar más palabras y con la rapidez de un felino agarró una botella de cerveza del mostrador por el gollete y tras reventarla contra el borde la acercó al cuello de mi compañero mientras con la otra mano le sujetaba fuertemente de la solapa de la chupa de cuero negro.

La Reme, al ver la movida sacó un extintor enorme y encañonándonos con la boquilla gritó- ¡Quieto parao todo el mundo, las peleas en la puta calle que me desgraciáis el moviljom y m'acostao cinco mil leures! - Ante tales argumentos los contendientes firmamos un armisticio y nos sentamos juntos a beber. Ya se sabe que, contrariamente a lo que ocurre con las mujeres, nada une más a los hombres que una buena pelea. El camionero polaco nos contó que transportaba un trailer con residuos nucleares de alto riesgo, y tras la ingesta de un indeterminado número de coñás, fue poseído por un súbito ataque de morriña centroeuropea

y nos enseñó, con los ojos brillantes por la emoción, su pecho tatuado con la Virgen de Chestokova a todo color que según aseguraba se veía en 3d si se miraba con las gafas especiales esas que dan en el cine.

En eso entraron unas rusas despampanantes en minifalda de vuelta de hacer unos trabajillos todavía con los billetes en la mano.

-Venid pacá zarinas-dijo el murciano haciéndoles una reverencia- tomaros unas copas con unos pobres nómadas de estas carreteras secundarias dejadas de la mano de Dios.

Las rusas le dijeron que no, que no les gustaban los borrachos y él contestó:

-¿Borracho yo? ¡Tururú! Podría conducir mi tres ejes ahora mismo de aquí a Frankfurt con los ojos vendados.

-Pues unos Frankfurt si me tomaba yo ahora.-dijo una de ellas, y mientras la Reme calentaba en el micro un sobre de salchichas del Lidl y abría en canal panes de perrito para todos, el Rompebielas, con gran regocijo por parte de la concurrencia, púsose a mirar fijamente a la imagen de la Virgen del pecho del polaco con unas Ray-Ban del todo a cien a las que había pintado uno de los cristales con un rotulador rojo para poder verla en tres dimensiones, y debido a que cuando bebía más de la cuenta sufría alucinaciones causadas por haber abusado en su juventud del LSD, al cabo de un rato exclamó acojonado que la imagen se iluminaba y le decía “yo soy tu luz y tu guía”.

El camionero polaco, movido por la devoción rayana en lo pecaminoso que sentía por su Virgen, y por los muchos coñás que ya tenía entre pecho y espalda, no dudó un instante en que estaba produciéndose un milagro mariano, e hincando las rodillas en la sucia moqueta quitose la cazadora y brazos en cruz se puso a recitar incomprensibles letanías en su idioma.

Entonces pudimos ver que ciertamente la imagen tatuada en su pecho emitía una tenue luminiscencia azulada y nos acojonamos todos pues quien más quien menos sabíamos por el programa cuarto milenio de la existencia de fenómenos paranormales. Apagamos las luces y en la oscuridad no ya la imagen, sino todo el polaco propiamente dicho reverberaba como una virgencita de Fátima.

La Reme, que era muy santera, quitó unas velas que le tenía puestas a un San Pancracio descolorido y ajado, y púsolas en el suelo junto al camionero transfigurado, y no se sabe si debido al alcohol que flotaba en el ambiente, al ambientador de cine de barrio o a los gases emanados del fuerte disolvente de detritus que salían del depósito del váter químico, el caso es que al ir a encender las velas se produjo una terrible deflagración que reventó las cuatro paredes y el techo de chapa de aquel garito prefabricado. Todos salimos despedidos por la onda expansiva. Todos menos el pobre camionero polaco que seguía en medio de los restos calcinados con los brazos en cruz y emitiendo esa extraña radiación lumínica cada vez más intensa, impertérrito y recitando su repetitiva letanía, hasta que de pronto, a la vista de

todos, entró en combustión espontánea y sin emitir un solo quejido de dolor ardió como una tea sin que pudiéramos hacer nada por evitarlo y se consumió por completo.

Curiosamente sólo quedó de él el trozo perfectamente recortado de su piel con el maravilloso tatuaje policromado de la Virgen.

La Reme enmarcó dicha imagen y con los restos de chapa de su malogrado movil home montó en aquel mismo lugar una capilla donde desde entonces vive de la venta de gafas 3D a los camioneros que hacen un alto en sus viajes por las estepas manchegas para ver a la Virgen de Cientochova, que, según ella, quiere decir kilómetro ciento ocho en polaco, precisamente el punto kilométrico de aquella carretera comarcal donde ocurrió aquel extraordinario suceso.

Patricia y el cielo

Ana Gefaell

Érased una vez, una anciana, que vivía en su casa del bosque. Dicen que era una agradable mujer que se trasladó allí cuando quedó viuda.

Los niños la visitaban a la orilla del lago que bañaba sus tierras, en las dulces tardes de verano. Los mayores veían en su angelical rostro la dulzura de una abuela, frágil por fuera, llena de recuerdos vividos por dentro.

Recuerdan que Patricia contaba bellas historias, haciendo las delicias de los más pequeños y entreteniéndolos a los mayores.

A Patricia todo el pueblo la quería. Cuentan que las vecinas pasaban por su puerta desviándose un par de kilómetros de su camino, con la excusa de dejarle esto o pedirle aquello y así deleitarse con un rato de buena conversación y una humeante taza de té, en el porche de su pequeña casa del bosque.

Y dicen también que Patricia era una mujer creyente, que rezaba cada noche asida a una pequeña virgen de madera que tenía en su mesilla. Era una virgen tallada toscamente. “La virgen de la mesita de noche”, la llamaba Patricia. Ya que esa imagen no era copia de advocación alguna que se conozca.

En fin... Patricia era una mujer que decidió vivir en su casita del bosque y ser feliz. Pero como a todos, una tarde, su ángel de la guarda le dio la señal de partida y Patricia tuvo que dejar este mundo.

Creyente como era, caminó hasta las puertas del cielo, donde esperaba la dejaran pasar.

- ¡Adelante Patricia!- le dijo San Pedro, después de verificar su nombre en una larga lista.- Pasa, pasa que el Señor te espera.

Patricia no podía haber imaginado en toda una vida lo que su corazón estaba contemplando en aquél instante.

- Señor - le dijo al tiempo que Este abría sus brazos para acogerla - Tú que lo sabes todo. Tú sabes que te quiero.

- Si, Patricia, sí- se limitó a contestar el Señor.

- Pero Señor, yo no soy digna de entrar en tu casa. ¿Sabes?. ¿ Te acuerdas de aquél día en que me pediste que te acogiera?. Te dejé fuera Señor, porque tenía miedo, es que... aquel caminante no tenía buena pinta Señor- se excusaba la anciana

- Sí, Patricia, sí - se limitó a contestar el Señor.

- Pero Señor. Yo no soy digna de entrar en tu casa. ¿Sabes?. ¿ Te acuerdas de aquél día en que me pediste que te curara?. La pobre mujer estaba enferma, debí haberle llevado aquél caldo Señor. Pero la nieve era cuantiosa y mis piernas débiles- se excusaba la anciana.

- Sí, Patricia, sí- se limitó a contestar el Señor.

Y así la pobre anciana fue derramando todas sus penas en el corazón de Dios. Finalmente Patricia y el Señor convinieron en un prudente tiempo de purgatorio. Un rato corto seguramente, ya que, en este mundo, muchos rezaban por el descanso eterno de su alma.

Y así Patricia se despidió del Señor a las puertas del cielo.

-Hasta luego, Patricia - le dijo cariñosamente Dios.

-Hasta luego -contestó ella apenada, mientras avanzaba por el camino.

Había caminado unos pocos pasos cuando una mujer la llamó desde un magnífico ventanal adornado de bellísimas flores.

- Patricia, Patricia. ¡Aquí Patricia, acércate!.

-¡Hola!, ¿quién eres?- preguntó Patricia a la dulce voz que la llamaba.

- Soy María, ¿no me reconoces?.

- ¿De verdad eres tú, María?.¡Qué bella eres, María!- dijo Patricia.

La Señora irradiaba tal plenitud y se veía tan distinta de aquella imagen toscamente tallada de su mesilla.

-¡Madre!- le decía Patricia mientras gozaba entre sus brazos. La dulzura que cobró aquél instante la hizo sentirse como en casa, igual de cercana que cada noche en su cama.

-¡Madre!. Este momento bien vale toda una vida de tristezas - afirmó con franqueza- ¡qué dicha haberte podido abrazar antes de ir al purgatorio!. Ya le he dicho a tu hijo que, yo no soy digna de entrar en su casa.¿Sabes?- continuó Patricia - el Señor y yo hemos ajustado mi deuda en un prudente tiempo de Purgatorio.

- Sí, Patricia, sí- se limitó a contestar la Virgen.- Ese tiempo ya ha pasado - añadió.

- ¿Cómo puede ser eso?- preguntó Patricia- ¡si apenas he recorrido un pequeño camino!.

- Lo sé, hija, yo lo he vivido junto a ti - le recordó la Virgen.

- Anda. No temas pasar, Patricia.

- ¿Y el Señor no dice nada, Madre?- preguntó Patricia.

La risa de la Virgen resonó en el cielo con alegría.

- ¡Ay, Patricia! Siempre has sabido hacerme reír.- Verás. Yo soy su madre y por esta ventana tengo el privilegio de admitir a los que me aceptan como abogada.

la fama

Roberto González

Hay más tranquilidad en un pasillo de metro que en nuestra oficina. La idea de colocar a tres departamento juntos, idea brillante de un Subdirector que hace tiempo cesó, sólo hace que acabe uno con la cabeza como un bombo, tanta gente pasando siempre aquí y allá, en esta especie de pasillo de hospital, todo tan impersonal y aséptico, con estos horribles muebles de formica, alineados una tras otro, todo de serie y con estos contrachapados blancos para intentar dar claridad a una dependencia tan oscura.

- ¿Qué quiere? – le pregunté con displicencia al viejo que se había parado a la altura de mi mesa y miraba una antigua fotografía ampliada que se encontraba detrás de mi escritorio.

- Perdón, buscaba a Don Martín.

- No sé quién es –le dije-, pero pregunté al fondo de la oficina.

Al rato, cuando de nuevo levanté cabeza, ahí seguía el viejo contemplando la fotografía. Se sintió en la necesidad de decir algo.

- Es Mariano Cárdenas, dijo apuntando a alguien en la foto.

- Ah, dije –sin saber de quién me hablaba, pero sin querer inquirirle más del asunto porque estaba cansado de que viejos funcionarios jubilados, ya decrepitos y con el palpito pronto a exhalar, me contaran toda la historia del departamento mientras buscaban la oficina de Clases de Pasivas, que era una de las dependencias que el brillante Subdirector de marras había colocado en aquella especie de almacén de funcionarios

- Pero ¿quién es el que está a su lado? – escuché que decía mientras traspasaba la línea imaginaria que delimitaba nuestro espacio de trabajo, para acercarse a la fotografía.

Me incomodó la intromisión, pero no dije nada. Me limité a girar la cabeza. Nunca hasta entonces había reparado en esa foto sepia y colores desvaídos, no sé, quizá la mala ampliación o puede que el paso del tiempo; parecía representar una inauguración, allí todos apiñados en un talud; a la izquierda se adivinaba un túnel y todos con gesto improvisado, como si el fotógrafo no hubiera querido esperar al posado oficial de revista y hubiera querido captar ese otro instante fugaz donde se confundían los obreros, aún con el mono y el casco, compartiendo un espacio aún no compartimentado con esos señores de trajes impolutos, que uno adivina jerarcas del régimen o del antiguo ministerio y que seguro se desplazarían sólo para la inauguración de la obra.

- Fue en la inauguración del túnel de Calahorra. Estaba Mariano Cárdenas, yo debía estar por ahí detrás. Fue poco después de que se creara la sección de Infraestructuras. Ese día

se tomaron más fotos, a mi se me veía en alguna. De ésta nadie se enteró, ya sabes, todo el ajeteo antes de la ceremonia...No sé quien decidió que fuera ésta en concreto la que se ampliara. ¿sabes? Antes estaba colocada justo a la entrada de la puerta principal, junto a una foto de Mariano Cárdenas. Me han dicho que él, alguna vez, se pasa también por aquí. ¿lo conoces?

- No sé quién es –dije por no parecer descortés.

En ese momento entró el Jefe del Departamento. Miró mi mesa y vio la pila de expedientes aún pendientes. El gran cretino se creía muy cachondo, con esa sonrisa fácil siempre asomando a los labios para que te confiaras y en cuanto le seguías la broma te espetaba, así de repente, con un “¿qué te has creído? Lo mismo que te pongo te pongo”, y te dejaba así con la cara de pábulo, mientras la suya había pasado de nuevo del enfado a la sonrisa. Además, desde hacía algún tiempo estaba enfadado por todo, y especialmente con que su despacho estuviera también en el pasillo y tuviera que aguantar las preguntas de rigor de aquella gente de paso, como si fuera el bedel de un instituto.

El mes que viene seguirás sin productividad y tienes todos los boletos para acabar en el pesebre –me dijo en alto y ufano para que lo oyeran todos los demás empleados. A él le gustaba llegar al corazón de todos y de esa manera avisaba de lo que él llamaba el castigo redentor, que era otra de sus gracias.

- Que curioso –oí que decía el viejo a mis espaldas-, aún sigue esa expresión.

- Perdón – carraspeó mi jefe- ¿usted quién es? – dirigiéndose al viejo.

- No, nadie –dijo éste casi disculpándose-, un antiguo empleado de la Subdirección. Le decía aquí, al joven –y me señaló a mi- que en esta foto aparece Manuel Cárdenas.

- No sé quien es, dijo cortante mi jefe.

- Si hombre –siguió el vejete- un antiguo Director General de la Subsecretaría. Era famosísimo en el Ministerio. Figúrese, cuando nombraban a un nuevo ministro, con sorna, le decían: “ahora, el siguiente paso, es presentarte a Cárdenas”. Tenía mucho poder y ojo, todos le apreciábamos mucho. A mi me quería como a un hijo. En el Ministerio lo cambió casi todo, era una revolución. Fue él el que impuso esa costumbre de ir al pesebre, que gracia nos hacía por entonces. Y sabe de que se trata, archivar viejos expediente en el almacén del sótano, en el antiguo Registro; horas y horas agachado, quemándote los ojos; nadie quería ir y él lo usaba como castigo. Y de eso han pasado años, y la costumbre sigue.

- Ya –dijo me jefe- mientras desviaba la mirada de vejete al cuadro, lo contempló unos segundos, y sin parar le dijo a Cano, que estaba en la mesa contigua a la mía y que de reojo contemplaba la fotografía, “no pierdas más el tiempo, que vas retrasado, que ese documento tiene que salir hoy, que te embobas”, y se alejó sin más a lo largo del pasillo.

Todos quedamos en silencio y volvimos al trabajo. El vejete contempló aún unos segundo aún más el cuadro y al tiempo que se alejaba dijo “¡Mariano, Mariano, quién lo iba a decir, cómo pasa el tiempo!”.

Al rato volvió el Jefe de Departamento con un funcionario de Administración:

- Quítame esa fotografía de ahí y ponerme un cuadro de puentes, algo alegre.



Dejemos volar la fantasía

club de escritores de relato breve

Biblioteca Pública Rafael Alberti
c/ Sangenjo, 38, 28034 Madrid Tfno. 91 731 95 52

contacto

relatopia@yahoo.es

web

www.relatopia.com